This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~NS. 75 C. 19.~~

Vet. Span. III B. 281

LA CORTE DE CARLOS II.

COMEDIA HISTÓRICA

EN DOS PARTES Y SEIS CUADROS,

DE

D. Tomás Rodriguez Rubí.

MADRID:
IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES, CALLE DE SEGOVIA, N. 6.

1846.

PERSONAS.

EUGENIA.
LA REINA DOÑA MARIANA DE AUSTRIA.
BRÍGIDA.
CÁRLOS II.
EL DUQUE DE MEDINACELI.
EL CONDESTABLE DE CASTILLA.
DON JUAN DE AUSTRIA.
PEREZ.
SECRETARIOS 1.° Y 2.°
CORTESANOS. } 1.°, 2.°, 3.° y 4.°
CONJURADOS. } 1.°, 2.°, 3.° y 4.°
CONSEJEROS. } 1.°, 2.°, 3.° y 4.°
UN CAPITAN.
DAMAS, UGIERES Y CABALLEROS DE LA CORTE.

INSTITUTION
UNIVERSITY
OF OXFORD
LIBRARY

Año de 1679.

Esta comedia es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

AL PUBLICO.

Y dirán admirados mis lectores despues de examinar esta comedia:—«¿Qué delito ha cometido esta produccion para ser prohibida? ¿adónde está el bú? ¿cuáles son las altas razones que ha tenido la primera autoridad política de la provincia para negar, sin dar ninguna, la representacion en los teatros de una obra esencial y puramente histórica? *¿Contiene algo que esté en oposicion con el dogma católico y la moral cristiana?—El censor bajo su firma asegura que no.—¿Son verdaderos los personajes que se emplean para el desarrollo de su argumento?—Sí.—Los caracteres con que se les presenta, ¿son los mismos con que la historia los retrata?—Sí.—Los hechos que sirven de fundamento á la obra, ¿están consignados en las historias mas respetables y autorizadas?—Sí.—Pues entonces ¿cómo hemos de calificar este ataque á la propiedad del escritor y á la libertad del pensamiento?»*

¡Oh, lectores benévolos! no es eso: el por qué *lo sabemos unos pocos, y no lo puedo estampar aqui; pero privadamente se lo manifestaré á todo el que lo quiera oir. Unicamente apuntaré con brevedad el origen de este escándalo inaudito, para vergüenza y confusion del hombre que lo ha provocado.*

Cuando conclui esta comedia, como es costumbre, hice lectura de ella, en confianza, *ante varios de mis amigos y compañeros, para oir sus observaciones en la parte literaria y de efecto dramático. Esto nunca fué ni puede ser jamás otra cosa que un acto de la vida privada, y como tal debió respetarse.... Pero entre ellos hubo un Judas, una alta capacidad político-literaria, que abusando de la inmerecida confianza que se le habia dispensado, con bastarda oficiosidad dejó el salon de la lectura y se fué á esparcir la alarma á regiones elevadas, llamando la atencion de las autoridades sobre lo que he estado muy lejos de imaginar; porque yo en esta comedia* no quiero decir mas que lo que digo.

Sé el nombre del delator, y tengo mi palabra de honor empeñada para no revelarlo; mas ya que esta inocente produccion ha caido víctima de su violencia, desde hoy se le llamará el CAIN literario, *y como* Cain *llevará marcada la frente con el sello de reprobacion de todos los buenos.*

Esta es la historia en compendio de esta asendereada produccion: acaso mas adelante podré dar mas detalles.

Madrid 22 de Febrero de 1846.

TOMAS RODRIGUEZ RUDÍ.

PRIMERA PARTE.

Cuadro primero.

Sala adornada con muebles de la época: á la izquierda de actor una puerta: dos en el fondo, la una secreta: á la derecha un balcon.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ, *sacando luces.*

Las seis de la tarde ya
y no vuelven... ¡qué demontre!
Son muchas mugeres estas,
no hay nada que les importe:
en saliendo con la suya...
mientras que su objeto logren,
todo vá bien, aunque luego
el pobre Perez se ahorque.
Para rezar el rosario
y decir, ora pro nobis,
sobrado tiempo ha tenido
desde las dos... ¡ya es de noche!
¡Reniego de sus beaterios!
y si tardan mucho, ¿adónde

las he de hallar? y si en tanto
el Duque... ¡Dios me perdone!
aqui viene, y por la niña
pregunta, ¿quién le responde?
Vamos... voy perdiendo el tino...
me van entrando sudores...

(*Golpes de aldaba en la puerta de la calle.*)

EUGENIA. (*Dentro.*) ¡Perez! ¡Perez!...

PEREZ. Ellas son...

(*Asomándose al balcon.*)

¿Para qué dan esos golpes?
¿no traen la llave?... Ya entraron...
y suben los escalones
de dos en dos... ¿cuánto vá
que ha ocurrido algun desórden...
¿Qué sucede?...

(*Salen precipitadamente y muy agitadas Eugenia y doña Brígida: aquella arroja el manto y esta lo levanta y dobla.*)

ESCENA II.

EUGENIA. DOÑA BRÍGIDA. PEREZ.

EUGENIA. ¡Ay! ¡Dios me valga!

(*Se sienta con muestra de cansancio en un sillon.*)

BRÍGIDA. Y á mí los santos apóstoles.

EUGENIA. ¿Cerraste bien?

BRÍGIDA. Sí señora,
con llave y con vueltas dobles.

EUGENIA. Bien hecho; en este recinto
no es facil que nos acose...

PEREZ. Señora... ¿podré saber
la causa de esos temores?
¿Por qué dá la vuelta á casa
despues de las oraciones,
cuando sabe que por ello
á grandes riesgos me espone?
Vuesarced me dió palabra...

EUGENIA. Señor Perez, no se enoje:
es verdad que volver antes
le ofrecí con los mejores

propósitos; pero á veces
la casualidad dispone
otras cosas á pesar
de las buenas intenciones.—

PEREZ. Pero...

EUGENIA. Nada, es muy sencillo;
fuimos al sermon...

PEREZ. ¿Adónde?

EUGENIA. A la Soledad.—

PEREZ. ¿Tan lejos?

EUGENIA. Gusto de oir los sermones
del P. Alvornoz.—Rezamos,
y la plática acabóse.
Era aun temprano, salimos
á la calle y antojóseme
dar por Atocha una vuelta
y fuimos allá: veloces
el prado de S. Gerónimo
atravêsamos... y entonces
notamos que nos seguia
á cierta distancia un hombre.

PEREZ. ¿Un hombre!

EUGENIA. Sí, señor Perez;
un hombre, y no de mal porte,
á quien recuerdo haber visto
rondándome los balcones...

PEREZ. ¡Qué decís!... ¡rondando!...

EUGENIA. Pues,
eso mismo; y como el pobre
tan solamente ha logrado
desden en vez de favores,
al verme hoy por primera vez
en la calle, se conoce
que quiso hablarme, y al punto,
como quien dice, á galope,
huimos de él, y él detrás;
nosotras corre y mas corre;
fatigadas, aturdidas,
por calles y callejones
nos metimos; poco prácticas
de Madrid, y mucho torpes,
nos perdimos, rodeamos

unas distancias enormes,
y por último, rendidas,
sin esperanza y sin norte,
llegamos á Leganitos
y á nuestra casa.—

PEREZ. ¿Y el hombre?

EUGENIA. Siempre detrás, señor Perez,
terco y duro como un roble:
nos dijo cuando cruzamos
por la calle de S. Roque...
«No se fatiguen, señoras;
que el que las sigue es un noble.»—
Mas como alli se quedaron
sin respuesta sus clamores,
añadió ciego de enojo
y con descompuestas voces.
«Yo haré que lo que por bien
no aceptan vuestros rigores,
en otro tiempo y lugar
mal de su grado me otorguen.»

PEREZ. ¡Eso dijo?...

BRÍGIDA. Ciertamente.

PEREZ. Por el santo de mi nombre
que no saldrán otra vez
sin que Perez las escolte.
Callad, señora, por Dios,
y de aquestos pormenores
nada digais á don Juan
si á veros viene esta noche.

EUGENIA. ¿Y por qué? no es conveniente
que mi protector ignore
los peligros que me cercan:
¿cómo quereis vos que tome
en mi pró, si nada sabe,
las debidas precauciones?

PEREZ. Cumplid vuestra voluntad;
mas lo que agora os propone
mi labio, puede que sea
lo que aqui mas os importe.

EUGENIA. ¿Es cierto? decid, ¿temeis
que ese cuento le incomode?
¿Y por qué? ¿Quién es don Juan?

¿por qué el secreto me esconde
de mi destino y el suyo?
¡sacadme de confusiones!

PEREZ. En ese punto, señora,
perdonadme, soy de bronce...
porque él es mi dueño, y son
leyes para mí sus órdenes.

ESCENA III.

EUGENIA. DOÑA BRÍGIDA.

EUGENIA. ¡Bravas respuestas me dan!

BRÍGIDA. ¡Siempre inútil el ataque!
no hay quien del cuerpo le saque
una palabra: ¡qué afan!

EUGENIA. ¿Comprendes, Brígida, bien
lo inmenso de mi dolencia,
cuando aun no sé la existencia
á quién se la debo, á quién?
Esto de vivir aislada
es muy cruel...

BRIGIDA. No lo dudo.

EUGENIA. Pregunto á don Juan, y es mudo:
á Perez pregunto y... ¡nada!
Un tiempo fué en que corrió
alegre la infancia mia;
todo en él me sonreia,
y en nada pensaba yo.
Mas ¡ay! con velocidad
aquellos tiempos huyeron,
y atropellados vinieron
los cuidados de otra edad.
Este misterio profundo
que siempre aqui me rodea;
este esmero que se emplea
para alejarme del mundo.
Este don Juan tan cortés,
y á la vez tan reservado:
este severo criado
que no me dice quién es,
ni cuál es el apellido

de don Juan, ni qué pretende...
todo ello, en fin, me suspende
y me trastorna el sentido.
¿Tú no has logrado hasta ahora
para calmar este afan.
saber quién es mi don Juan?

BRÍGIDA. ¡Ay! ¡Dios me libre, señora!
Pues cuando á vuestro servicio
uno y otro me admitieron,
por condicion me impusieron
un enorme sacrificio.

EUGENIA. ¿Cuál?

BRÍGIDA. El de no preguntar;
suceda lo que suceda,
no escuchar, estarme queda,
y á todo ver y callar.
Mirad vos si os aventajo
en la cuita que os empeña,
pues siendo muger y dueña...
callar, es mucho trabajo.

EUGENIA. Y eso mi curiosidad
aviva mas aqui dentro...
¡y en vano!... pues solo encuentro
tinieblas, oscuridad...

BRÍGIDA. Señora... razon teneis
para vivir cuidadosa;
mas no para que afanosa
en tanto grado os mostreis.
Pese al misterio en que está
vuestra existencia velada,
¿no estais aquí respetada,
servida... pues ¿qué mas dá?

EUGENIA. Pero ¿cuáles pueden ser
las razones que hay aquí
para tratárseme así?

BRÍGIDA. Y ¿quién las puede saber?
acaso deudo será
don Juan de vós.

EUGENIA. Si lo fuera
no tan tenaz me encubriera
su apellido...

BRÍGIDA. Claro está.

¿Será vuestro hermano?

EUGENIA. ¡Oh!... ¡no!
á serlo, no me hablaria
con tanta cortesanía.

BRÍGIDA. ¿Tutor vuestro?

EUGENIA. Qué sé yo.
Aqui siempre me han guardado,
aqui siempre me han servido,
y aqui yo no he conocido
mas que á él y á su criado.
Dueña me dan para hablar
en su ausencia; mas si dudan
de ella, al momento la mudan
y otra viene en su lugar.—
Y asi olvidada, escondida,
en esta triste ignorancia
desde la iglesia á mi estancia
se vá pasando la vida.

BRÍGIDA. Señora, es mucha verdad;
y si en ello se repara,
hay hartas razones para
morir de curiosidad.

EUGENIA. ¡Oh!... no comprendes tú bien
lo que es vivir de este modo:
esto de ignorarlo todo,
sin que una respuesta den
que logre disminuir
este anhelo sin segundo,
es un dolor tan profundo
que no se puede sufrir.
Mas ya la paciencia mia
se apura con tanto afan,
y apenas venga don Juan
le hablaré con bizarría.
Y ya veremos, por Dios,
en la próxima emboscada,
él reservado, yo osada,
quien puede mas de los dos.

BRÍGIDA. Cuidad, en nombre del cielo,
de no apurar demasiado
lo que os dá tanto cuidado
no deis con todo en el suelo...

EUGENIA. Nada me inspira temor;
qué quieres... será capricho;
pero aunque él nada me ha dicho
yo sé que me tiene amor.
Alguna razon secreta
de tal modo le domina,
que aunque él hácia mí se inclina,
su lengua tiene sujeta.
Y por si es asi, esperar
no quieren mas mis desvelos:
si calla... le daré zelos,
los zelos le harán hablar.—

BRÍGIDA. Me place lo que os escucho;
el brio es para estos casos...
pero... atended...

EUGENIA. Oigo pasos,
él será, me alegro mucho.

ESCENA IV.

EL DUQUE. EUGENIA. BRÍGIDA, *que se retira á un rincon.*

DUQUE. (*Desde el fondo.*)
¿Me dais, señora, licencia...

EUGENIA. ¿Podeis dudarlo, señor,
cuando es mi dicha mayor
estar en vuestra presencia?

DUQUE. Siempre el donaire, el encanto
en vos dispuestos están
para honrarme.

EUGENIA. Asi, don Juan,
me honrais vos otro tanto.

DUQUE. ¡Eugenia! ¿me hablais de chanza?
¿honraros yo mas...

EUGENIA. Sí á fé.

DUQUE. ¿Eso decís? ¿y con qué?

EUGENIA. ¡Oh!... con vuestra confianza.

DUQUE. Me teníais ya algo inquieto...
pues mi fé ¿no os la tributa?
¿no sois la dueña absoluta
de mi cuidado y respeto?

EUGENIA. No es bastante.
DUQUE. ¿Cómo así?
¿es que aquí mal os hallais?
¿ó aquí, por desgracia, echais
algo de menos?
EUGENIA. Sí, sí.
DUQUE. Pedid y no vacileis:
hablad y tened presente,
que aunque el capricho lo invente
cuanto me pidais tendreis.
¿Quereis galas? bien por Dios:
¿servidumbre con esceso?
la tendreis...
EUGENIA. ¡No! si no es eso...
¡me voy á enojar con vos!
DUQUE. ¿Y por qué?
EUGENIA. ¡Quereis que rompa!
en duras quejas mi labio?
Pues bien; me haceis un agravio
proponiéndome esa pompa.—
¿Por qué es mi enojo, decís?
porque una cosa os pregunto
y vos la entendeis, y al punto
por otro lado salís.—
Notad que esto es muy cruel,
y que cuando así me hablais,
en mi seno derramais
copiosas gotas de hiel.
DUQUE. ¡Siempre la misma oracion!
EUGENIA. ¡Y siempre vos tan callado.
DUQUE. Es que...
EUGENIA. ¡Hablad!
DUQUE. Me está vedado...
perdonadme.
EUGENIA. No hay perdon.
DUQUE. Pues bueno, os complaceré:
preguntad si no os molesta;
si puedo os daré respuesta,
y si no, me callaré.—
EUGENIA. Y en lo mismo quedaremos.
DUQUE. ¿Por qué?
EUGENIA. Porque de ese modo

«*no sé*» me direis á todo...

DUQUE. Segun pregunteis.

EUGENIA. Probemos.—
Vos, de mi padre y Señor
¿fuisteis amigo?

DUQUE. No á fé;

EUGENIA. Pero...

DUQUE. Del mio lo fué.

EUGENIA. ¿Su calidad?

DUQUE. La mejor.—

EUGENIA. ¿Su nombre?

DUQUE. Ese es un arcano.

EUGENIA. ¿Su patria?

DUQUE. La que ahora veis.

EUGENIA. Y vos ¿conmigo teneis
parentesco?

DUQUE. Algo lejano.

EUGENIA. ¿Os ocupais...

DUQUE. De mil modos.

EUGENIA. ¿Vivis...

DUQUE. Entre hombres muy duchos.

EUGENIA. ¿Vuestro apellido...

DUQUE. Son muchos.

EUGENIA. Pero ¿el mejor...

DUQUE. Lo son todos.

EUGENIA. Con que ¿sois tan principal?

DUQUE. Como vos.

EUGENIA. Pues siendo así
¿por qué me escondeis aquí?

DUQUE. Porque asi os conviene.

EUGENIA. ¡Hay tal!
¿Tengo enemigos?

DUQUE. Teneis.

EUGENIA. Son...

DUQUE. De alta gerarquía.

EUGENIA. ¿Adónde están?

DUQUE. Algun dia
tal vez los conocereis.

EUGENIA. ¿Lo estais viendo?

DUQUE. ¿Qué os enfada?

EUGENIA. ¿A eso llamais contestar?

DUQUE. ¿Qué teneis que reprochar...

EUGENIA. Que aun no me habeis dicho nada.
DUQUE. ¿A todo no os contesté?
¿qué mas podeis exijir?
¿me habeis oido decir
ni una vez sola, *no se*?
EUGENIA. Pero es igual.—
DUQUE. No por Dios.
EUGENIA. Pues, bueno; señor don Juan,
sabed que tengo un galan.
DUQUE. Lo sé.
EUGENIA. ¡Cómo!
DUQUE. Antes que vos.
EUGENIA. ¿Será cierto?
DUQUE. Nunca os miente
don Juan, y así Dios os guarde
como es cierto que esta tarde
lo habeis visto.
EUGENIA. ¡Esactamente!
DUQUE. Con que ya veis...
EUGENIA. Llego á ver
que no os alterais por eso.
DUQUE. No señora, os lo confieso.
EUGENIA. Si le amo...
DUQUE. No puede ser.
EUGENIA. ¿Por qué?
DUQUE. Porque sois honesta,
y nunca podreis amar
al que aquí os viene á rondar
por el amor... de una apuesta.
EUGENIA. ¡Qué decis...
DUQUE. Para los dos,
esto, señora, ha pasado;
pero vivid sin cuidado
que don Juan vela por vos.
EUGENIA. A preguntaros, jamás
he de volver, caballero;
pues cuando mas saber quiero,
me confundo mas y mas.
DUQUE. Cumplid vos esa promesa:
vivid muy tranquila aquí...
dejadme el secreto á mí,
y ya vereis que no os pesa.

Os ruego que no penseis
en lo que tormento os dá,
pues todo se aclarará
cuando menos lo espereis.
(*Suenan dos palmadas.*)

EUGENIA. ¿Esa seña...

DUQUE. Es para mí:
recojeos descuidada,
y no os ocupeis de nada
de lo que suceda aquí.

(*Doña Brígida toma una luz y se coloca en el dintel de la puerta de la izquierda.*)

EUGENIA. Pues ¿qué pasa?

DUQUE. Nada ahora:
ved que aguardándoos están...

EUGENIA. Muy buenas noches, don Juan.

DUQUE. Muy buenas noches, señora.

(*El Duque la acompaña hasta la puerta y sale Perez por la del fondo.*)

ESCENA V.

EL DUQUE. PEREZ.

PEREZ. Ahí están.

DUQUE. Bien: por la puerta
(*Señalando la secreta.*)
que desde esa al campo dá,
con sigilo y poco á poco
hacedlos, Perez, entrar.
(*Vase Perez por la puerta secreta.*
¡Qué poco en el Real Palacio
el ministro universal,
el altivo don Juan de Austria,
á estas horas pensará
que en una casa harto humilde
del mas modesto arrabal
de Madrid, se abre una mina
que pronto reventará!
Y no es facil que en la Córte
de mí puedan sospechar...
de mí, que entre todos paso

por el hombre mas glacial
é indiferente de España...
seguro, le colgarán
el milagro al Condestable,
que es el que indicado está
por la Reina desterrada
como contrario á don Juan.
Se acercan los conjurados;
salga á luz el antifaz
(*Lo saca y se lo prende.*)
Para que nunca conozcan
á su gefe:—á conspirar.
Sepamos qué dice el pueblo...
ya suben... bueno será
interceptar á las damas
por si vienen á escuchar.—

(*Entra y vuelve á salir por la puerta de la izquierda dejándola cerrada: entre tanto salen por la secreta, Perez y cuatro embozados, con máscaras puestas.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE. PEREZ. LOS CONJURADOS.

DUQUE. (*A Perez.*) Cerrad bien todas las puertas,
y si alguien ronda, avisad.

(*Váse Perez, cerrando la puerta del fondo. El Duque se coloca en medio de los conjurados, y dice:*)

CARLOS... (*Todos se quitan los sombreros.*)
Y BUENAVENTURA.—

(*Los conjurados dicen una palabra al oido del*)

DUQUE. Esa misma es la señal.
¿Qué decís de la milicia?

CONJUR. 1.° Que algunos gefes están
indignados con el de Austria
y tanta arbitrariedad.
Ofrecen que al Condestable
ó á cualquiera apoyarán,
con tal de que se les haga
á todos justicia igual.
Y en fé de ello, están sus nombres
en esta lista,... tomad.

DUQUE. (*La ojea rápidamente: la guarda y dice á otro.*)
¿La Corte?

CONJUR. 2.º No puede ver
con mucha templanza yá,
que esté sola, desterrada
con mengua á la Magestad,
la Reina madre en Toledo,
y aquí en palacio don Juan
ejerciendo por sí solo
la suprema autoridad.
Que el Rey don Cárlos segundo
principie ya á gobernar,
y que vuelva aquí su madre,
es la opinion general.

DUQUE. Me alegro mucho. (*Al* 3.º) ¿El comercio...

CONJUR. 3.º Que no puede comerciar:
que son tantos los tributos
con que abrumándolo están,
y tan altos los derechos
que le obligan á pagar,
que sus fábricas y tiendas
muy pronto á cerrarlas vá.—
Para cualquier movimiento
que ofrezca mas equidad,
cuanto le queda en sus arcas
con gusto derramará.

DUQUE. Ya lo veremos. (*Al* 4.º) ¿El pueblo?

CONJUR. 4.º Murmura, no tiene pan.
Hoy ha muerto *Marcos Diaz*
el de la calle Imperial,
y del gobierno se dice
que le ha hecho envenenar
por haber, de sus abusos,
escrito aquel memorial.
Con esto y con la miseria
que cada vez crece mas.
los barrios antes de mucho
sobre la Villa caerán.

DUQUE. Perfectamente, señores:
llegó el momento de obrar,
ya que tantos elementos
su firme apoyo nos dán.

Para esta noche á la una
que estalle la tempestad.

ESCENA VII.

EL DUQUE. LOS CONJURADOS. PEREZ.

PEREZ. ¿Señor?
DUQUE. ¿Qué es ello?
PEREZ. En la calle
ha rato que un hombre está
rondando: de ese balcon
logró una escala colgar
y se dispone á subir...
DUQUE. (*A los conjurados.*) ¡A la una!... despejad.
(*Perez y los Conjurados se retiran por la puerta secreta.— El Duque se emboza y se coloca cerca del balcon, de modo que al abrirse las maderas quede oculto. Despues que aparece el nuevo personaje, las cierra y se situa delante de la puerta del fondo, sin que hasta á su tiempo lo note el recien llegado.*)
Este, como si lo viera,
es el apuesto galan,
que asi acomete aventuras
como aspira á gobernar.

ESCENA VIII.

EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

CONDEST. No hay nadie... ¡soberbio!... entré:
Veremos si esa hermosura
es esta noche tan dura
como esta tarde lo fué.—
Dícenme que está guardada
por su dueña y Rodrigon...
lo que es en esta ocasion,
no tendrá que hacer la espada.
Por un viejo que se acuesta...
y una dueña melindrosa,
que será muda... no es cosa
de que yo pierda una apuesta.
(*Repara en el Duque.*)

¡Hola!... os conozco, señor:
(el vejete está que pasma!...)
¿venis haciendo el fantasma
para infundirme pavor?
Reparad bien lo que haceis,
pues si al fantasma acometo,
de ese disfraz, os prometo,
que á usar mas no volvereis.

DUQUE. (*Desenvainando la espada.*)
Puesto que sois tan feroz,
probadlo.

CONDEST. Me equivoqué.
¿Quién sois?

DUQUE. ¡Reñid!

CONDEST. Reñiré;
mas yo conozco esa voz. (*Riñen.*)

DUQUE. Conoced tambien mi acero.

CONDEST. Os juro que os pesará.

DUQUE. Tengo razon.

CONDEST. No os valdrá.

DUQUE. (*Desarmándole.*) Os desarmé, caballero.

CONDEST. ¡Vive Dios! ¿qué llego á ver!

DUQUE. (*Levantando la espada y entregándosela.*)
Tomad, que no os la arrebato,
y reparad que no os mato
porque aun os hé menester.

CONDEST. ¿Luego sabeis quien soy yó?

DUQUE. Apenas aquí me es dable
conocer al Condestable...
porque á mucho descendió.

CONDEST. Mas ¿quién sois...

DUQUE. Os he vencido:
aquí venis disfrazado
y yo lo estoy:—sepultado
quede todo en el olvido.

CONDEST. Es decir, que os interesa
el silencio...

DUQUE. Mucho, sí;
y á vos algo mas.—

CONDEST. ¿A mí!

DUQUE. Os he vencido en la empresa.
Mas si vuestra obstinacion

tanto conocerme ansía,
venid á verme de dia
y no entreis por el balcon.
Que aunque me precio de fiel
y con vida ahora salís,
si otra vez por él subís
os he de arrojar por él.

CONDEST. No hagais de valor alarde
porque vos ahora conmigo...

DUQUE. Yo sé que haré lo que digo
y que vos no sois cobarde,
Será bien que os retireis:
(*Señala á la puerta del fondo.*)
por aquí habeis de bajar
pues yo os quiero acompañar
hasta que en la calle esteis.

CONDEST. Os agradezco el favor,
y admiro vuestra cordura.
Mal me salió esta aventura.

DUQUE. Pues otra os saldrá peor.—

CONDEST. ¿Cuál?

DUQUE. No os puedo decir mas.

CONDEST. (Esta voz...!)

DUQUE. Id muy despacio.

(*Mientras el Condestable sale por el fondo, aparece Perez por la puerta secreta, y el Duque le dice, bajo.*)

Perez, mañana á palacio
á Eugenia conducirás.
(*Váse detras del Condestable y cae el telon.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

Cuadro segundo.

Despacho de don Juan de Austria en el palacio del Buen-Retiro. Puerta en el fondo cubierta con una colgadurá. Otra secreta á la izquierda del actor. En el centro la gran mesa de despacho con papeles en el sitio de la presidencia, y sillones al rededor. A derecha é izquierda, las mesas de los secretarios: estos al levantarse el telon aparecen escribiendo, y á poco dejan de trabajar.

ESCENA PRIMERA.

SECRETARIOS 1.º y 2.º

SECRET. 1.º ¿Acabásteis?
IDEM 2.º Acabé.
(*Ambos se levantan y se reunen en el centro de la escena.*)
1.º Mucho tarda su escelencia,
y hay harto que despachar.
2.º Yo creo que nos espera
una noche toledana.
1.º ¿Y cómo ha de ser? ¡paciencia!
2.º Es verdad; hemos nacido
para sufrir, y hacer letras.
1.º Pues no sé como el ministro
tarda tanto en dar la vuelta,
pues tiene que presidir
esta noche la asamblea.
2.º ¡Cómo!... ¿Consejo esta noche?
1.º Yo he estendido las esquelas.

2.º Pues entonces es probable
que la aurora nos sorprenda...
1.º Nada de eso, amigo mio;
la junta va á ser secreta.
2.º ¿Secreta?... me alegro mucho.
1.º Vienen á la conferencia
el famoso Condestable,
y Medinaceli...
2.º ¿Hay gresca?
1.º No sé; pero este consejo
sin duda es de trascendencia...
Ya sabeis que anda la Corte
hace unos dias revuelta,
pues la Reina Madre ha puesto
en juego sus influencias
para arrojar á don Juan
de la cumbre en que se asienta.
Se dice que el Condestable
en nombre de ella maneja
toda la intriga; y sin duda
don Juan de Austria, que está alerta,
esta noche vá á largarles,
con su militar franqueza,
una de esas andanadas,
que de cuando en cuando suelta.
2.º ¿Tambien á Medinaceli?
1.º Son nada mas que sospechas...
2.º Infundadas;—el buen Duque
en nada aqui sale, ni entra,
y ya sabeis que en la Corte
es proverbial su pereza...
1.º Puede ser que yo me engañe
y que otro el objeto sea;
pero mirad al buen Duque
(*Aparece este por la puerta del fondo.*)
á pesar de su indolencia...
2.º Pues esta es la sola vez
que es el primero que llega...

ESCENA II.

El Duque. Los Secretarios.

Duque. Muchachos, muy buenas noches.
1.° y 2.° Tenedlas, señor, muy buenas.—
Duque. ¿Se trabaja?
1.° Hemos concluido
hace poco la tarea...
Duque. Y su escelencia ¿no está?
1.° No señor, y harto nos pesa.
Duque. ¿Por qué?
1.° Porque ved ahí
(*Señala á la mesa del centro.*)
el fárrago que aun le queda
por despachar, y tememos
que hasta el dia aqui nos tenga.
Duque. (*Se aproxima á la mesa y con disimulo y rápidamente examina los documentos que contiene.*)
¿Todo esto? Pobres muchachos...
(El tratado de Nimega,
y partes de Cataluña...)
Hombre ¡qué bonita letra!...
(Ha caido Puigcerdá
bajo las armas francesas...)
hay para rato con esto...
plegue á Dios que tengais fuerzas...
(Pues si en Madrid vamos mal
no vamos mejor por fuera.)
Decidme ¿qué hay en palacio
esta noche? Están las puertas
perfectamente guardadas
y con dobles centinelas...
1.° Lo ignoramos... precauciones
por si hay alguna revuelta...
Duque. ¿Revueltas? ¿Quién piensa en eso?
1.° Nada de estraño tuviera...
Duque. ¿Sí, eh? ya se vé; me ocupo
tan poco de esas materias...
y el consejo de esta noche
¿dónde y cuándo se celebra?

1.° El dónde, en este lugar,
el cuándo, á las doce y media.
DUQUE. ¿Las doce y media? por Cristo
que hoy tengo yo la cabeza
no sé cómo: yo creí
que era antes... vaya, aun me queda
tiempo para conversar
en la antecámara régia
con los monteros: adios
señores.
1.° Con él vuecencia
vaya tambien.—
DUQUE. (Hasta ahora
nos vá saliendo la cuenta.)
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA III.

LOS SECRETARIOS.

2.° Lo veis, de nada se cuida.
1.° Pues mirad; no faltan lenguas
que dicen que aspira á mucho,
y que bajo esa apariencia
de distraccion... es muy hombre,
y sabe lo que se pesca.—
2.° ¡Calumnias! yo sé muy bien,
pues le he servido de cerca,
que jamás él se ha mezclado
en intrigas palaciegas.—
1.° Será asi: de eso á nosotros
¿qué se nos dá?
(*Un Ugier levanta la colgadura de la puerta del fondo, y dice.*)
Su escelencia.
1.° A nuestro sitio: ahí está.—
2.° Plegue á Dios que alegre venga.—
(*Se colocan como aparecen al principio del cuadro. Don Juan de Austria sale por la puerta del fondo: se dirije á su mesa de despacho, toma de ella varios papeles, se pasea, y dicta á la vez á los dos Secretarios.*)

ESCENA IV.

D. JUAN. LOS SECRETARIOS.

(*Estos se levantan al entrar D. Juan, y á una seña de mismo vuelven á sentarse.*)

D. JUAN. (*Al Secretario* 1.º) Al gobernador de Orán.
(*Al* 2.º) Al conde de Monterey.
(*Al* 1.º) Manda al Rey nuestro señor
que en su real nombre os dé...
(*Al* 2.º) Con profundo desagrado
llegó buen Conde, á saber...
(*Al* 1.º) las gracias por la victoria
en que hais ganado honra y prez...
(*Al* 2.º) que por no ser mas activo
ó por no entenderlo bien...
(*Al* 1.º) desde esa plaza de Orán
sobre la morisma infiel.
(*Al* 2.º) habeis dejado que os entre
por la Cerdeña el francés.
(*Al* 1.º) Seguid por tan buen camino,
y yo os prometo á mi vez...
(*Al* 2.º) Si al momento á Puigcerdá
no arrancais de su poder...
(*Al* 1.º) Que tales hechos de armas
siempre en memoria tendré.
(*Al* 2.º) del mando de Cataluña
sereis responsable al rey.—
(*Al* 1.º) ¿Con el de Orán acabásteis?

SECRET. 1.º Cuanto habeis dicho...

D. JUAN. Leed.—

SECRET. 1.º (*En pié.*) «Manda el Rey nuestro señor
que en su real nombre os dé,
las gracias por la victoria
en que hais ganado honra y prez,
desde esa plaza de Orán
sobre la morisma infiel.
Seguid por tan buen camino,
y yo os prometo á mi vez,
que tales hechos de armas

siempre en memoria tendré.»

D. JUAN. Eso mismo: dadme acá.
(*Al* 2.° *mientras firma.*)
¿Qué habeis puesto á Monterey?

2.° (*Se levanta.*) «Con profundo desagrado
llego, buen Conde, á saber,
que por no ser mas activo,
ó por no entenderlo bien,
habeis dejado que os entre
por la Cerdeña el francés.
Si al momento á Puigcerdá
no arrancais de su poder,
del mando de Cataluña
sereis responsable al Rey.»—

D. JUAN. (*Firmando el pliego que le dá al Secretario* 2.°)
Parece que se ha dormido...
pues yo le dispertaré.—
(*Al* 1.°) Al embajador en Roma,
en otro pliego poned
al punto.

(*Un Ugier aparece por la puerta secreta y dice.*)

Su Magestad.

D. JUAN. ¿A estas horas aqui el Rey?
(*A los Secretarios.*)
Despejad.—Cesó el despacho:
por la mañana volved.—

(*Vanse los Secretarios por el fondo: D. Juan guarda los papeles en un cajon, y se adelanta á recibir al Rey.*)

ESCENA V.

EL REY. D. JUAN DE AUSTRIA.

D. JUAN. ¿Por qué estraña novedad
y en hora tan avanzada,
á honrarme en esta morada
viene vuestra magestad?

REY. Don Juan, me trae desvelado
un asunto que os diré...
Dadme una silla, porque
á la verdad me he cansado...

D. Juan. (*Acerca un sillon que ocupa el Rey.*
Mejor, y mas oportuno
fuera haberme hecho llamar
si me queríais hablar.

Rey. Es que allá tanto importuno
hay siempre en torno de mí,
que como anhelaba hablaros
á solas y sin reparos,
venir acá preferí.—

D. Juan. Si asi á vuestra voluntad
cumple, la acato y venero.
Señor, que os digneis espero
revelarme...

Rey. Sí, escuchad...
y hacedlo con atencion,
pues no puedo, os lo confieso,
resistir de hoy mas el peso
que abruma mi corazon.
Bien quisiera no tener
estos, que son en su esencia,
escrúpulos de conciencia...
pero eso... no puede ser;
porque con aspecto vário,
me siguen, y crudo encono
desde las gradas del trono,
hasta el lecho solitario.

D. Juan. Dad treguas á vuestro afan,
por nada os atormenteis,
que aqui no en vano teneis
á vuestro lado á don Juan.
Señor, si asi os ven, por Dios
que cundirá la cizaña...
y no olvideis que la España
su esperanza funda en vos.

Rey. Pues eso viene á aumentar
doblemente mi inquietud...
Yo, de mi España salud,
¡y no podérsela dar!
¡Ay Dios! el gobierno aqui
es carga tan superior...

D. Juan. ¿Acaso teneis, señor,
desconfianza de mí?

REY. No, don Juan, no: de vos creo
y en mi nombre os lo aseguro,
que es vuestro intento el mas puro,
y el mejor vuestro deseo.
Mas siendo vos tan mi amigo
y mi confianza mucha,
aqui... sostengo una lucha
que en tierra dará conmigo.
Juzgad con meditacion,
cuando conozcais mi estado,
si para estar agobiado
me falta ó sobra razon.
Dicen que anda bullicioso
el pueblo, y que al cielo clama:
que conjuraciones trama
porque está menesteroso:
que ya indignado murmura,
y á su monarca condena...
y esto que dicen, me llena
el corazon de amargura.
Rechazo la acusacion;
á oirla vuelvo, me ofusco...
y falto de aliento busco
amparo en la religion...
Y ante la suma bondad
me postro humilde de hinojos...
despues, revuelvo mis ojos...
y ¿qué encuentro? ¡soledad!...
O bien lejana, confusa
oigo la voz indignada
de mi madre desterrada
que allá en Toledo me acusa:
y que me tiende su mano,
que ingrato yo no recojo,
y que me llama en su enojo
mal hijo, mal soberano!
Juzgad con meditacion
pues mi estado conoceis,
si para estar cual me veis
me falta ó sobra razon.

D. JUAN. Solo puedo responderos
que no os lograreis curar

mientras deis en escuchar
aqui á tantos consejeros.
Los comprendo por quien soy;
y observo aunque de pasada,
que os sirven de poco ó nada
los consejos que yo os doy.
Y os lo prevengo: asi no
es posible gobernar.
¿Quién os ha de aconsejar?
¿han de ser ellos, ó yo?

REY. Vos, don Juan. ¡Que tal dudeis!

D. JUAN. (No se atreve á desairarme...)
Señor, nuevamente á honrarme
con vuestra bondad volveis.
Y ya que lo haceis asi,
desechad todo cuidado,
dejándome del Estado
las amarguras á mí.
Que yo de cualquiera modo
siempre inflexible, constante...
alcanzo fuerza bastante
para resistirlo todo.
Dicen que el pueblo se inquieta,
y que en breve se alzará...
el pueblo tranquilo está,
y á su rey ama y respeta.
Mas si dá en ser turbulento
y osado levanta el grito...
tan grande como el delito,
señor, será el escarmiento.
Plebeyo ó de la nobleza,
quien no acate de rodillas
al rey de las dos Castillas,
le ha de costar la cabeza.

REY. ¿Y podremos ver jamás
eso con ojos serenos?

D. JUAN. Perezcan, señor, los menos
por la salud de los mas.
Contra el poder de los reyes
no es justo que se desaten:
si aqui sin leyes combaten,
castigaré yo sin leyes.

REY. ¿Y mi madre? ¡Oh, cuál me daña
su fiel memoria! Obligado
en breve á tomar estado,
á dar una reina á España:
cuando luego aqui será
todo fiestas, regocijo...
¿ha de estar lejos de su hijo,
sola y olvidada allá?
La Europa escandalizada
dirá que cruel procedo...
¿No ha de volver de Toledo?
¿Siempre ha de estar desterrada?

D. JUAN. No la he desterrado yo:
cuando vuestra magestad
me honró... por su voluntad
ella la corte dejó.
Vuestra madre y mi señora
hizo despues partidarios,
y al frente de mis contrarios
su augusto nombre está ahora.
Su vuelta en esta ocasion
pudiera aqui provocar
escisiones, que á agitar
os volvieran la nacion.
No obstante, una conferencia
con el consejo hoy tendré,
y cuanto yo alcance, haré
por calmar vuestra conciencia.

REY. Os dejo, don Juan, amigo,
y os ruego que me cumplais
la palabra que me dais.

D. JUAN. El cielo será testigo...

REY. Quedaos aqui.

D. JUAN. Señor, no:
acompañaros resuelvo.

REY. (Con iguales dudas vuelvo.)

D. JUAN. (Aqui no hay mas rey que yo.

(*Se retiran por la puerta secreta, y sale el Duque por detrás de la colgadura del fondo.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE.

Lo mismo se vá que vino
el buen monarca español:
asi á mi objeto conviene,
y asi lo esperaba yo.
Ni don Juan ni el Condestable
sospechan de mi intencion:
don Juan porque al Rey domina
cree que al Rey es superior;
el otro de la ex-Regente
lleva en la corte la voz,
y siendo malo don Juan
y el Condestable peor...
antes que hundan á la España
yo debo hundir á los dos.
Preparado está el terreno,
y aseguro... oigo rumor...
estos son los consejeros
que vienen á la reunion.

ESCENA VII.

EL DUQUE. CONSEJEROS 1.°, 2.°, 3.° Y 4.°

CONSEJ. 1.° Señor don Juan de Cerda...
DUQUE. Señores, que os guarde Dios.
¿Qué tal? ¿Venís preparados
para escuchar el sermon?
CONSEJ. 2.° Veremos...
DUQUE. ¿Y el Condestable?
¿Renuncia al supremo honor
de ilustrar con sus consejos
al ministro?
CONSEJ. 3.° Creo que no,
porque há poco que en palacio
le he visto...
DUQUE. Tanto mejor;

con eso seremos mas...

CONSEJ. 4.º Miradle.

ESCENA VIII.

EL DUQUE. EL CONDESTABLE. LOS CONSEJEROS.

CONDEST. ¿Aun no principió
el consejo?... Adios, señores.

CONSEJ. 1.º Llegad en buen hora vos.

CONDEST. Pensé que tarde lo hacia...

DUQUE. Pues ya estais viendo que no.

(*El Duque y el Condestable hablan á corta distancia de los demás.*)

CONDEST. Señor Duque, ¿vos aqui?
(Cielos es la misma voz.)
Me estraña, Medinaceli,
veros tan fiel servidor.
Vos que de nada os cuidais,
¿cómo aqui, en esta ocasion?

(*Mientras el Duque habla, el Condestable dá muestras de inquietud.*)

DUQUE. ¿Qué quereis? con tanto apremio
su escelencia me citó,
que el no venir fuera ya
declararse en rebelion.
Y como el ministro es hombre
que solo tiene de Dios
lo de dar ciento por uno...
comprendereis la razon...
Y á la verdad que no alcanzo
por qué interés me llamó;
pues al consejo supremo,
desde que individuo soy,
de las tres veces que asisto
me suelo dormir las dos.
Pero, ¿qué teneis?

CONDEST. ¿Qué tengo?...

DUQUE. Habeis perdido el color...
¿Estais indispuesto?

CONDEST. Duque...
no estrañeis mi turbacion...

Vuestra voz... ¿habeis estado
esta noche... ¡pero no!
es imposible, esa calma...
perdonad... será ilusion.

DUQUE. Mas ¿qué es ello?

CONDEST. Una aventura,
que á estar de mejor humor
os la habia de contar.

DUQUE. ¿Seguis siendo campeon
de aventuras...

CONDEST. Por apuesta,
era ya un lance de honor...

DUQUE. ¿Ganásteis?

CONDEST. No, ganaré.

DUQUE. ¿Esperanzas teneis?

CONDEST. ¡Oh!...

DUQUE. Cuidad que doña Mariana
no os retire su favor...

CONDEST. Jamas, tales aventuras
no ascienden á esta region..

DUQUE. Es un consejo de amigo.

CONDEST. Que os agradezco, Señor.

(*D. Juan vuelve por la puerta secreta.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE. D. JUAN. EL CONDESTABLE. LOS CONSEJEROS.

TODOS. El ministro.

D. JUAN. El cielo os guarde:
perdonad mi detencion,
que en hora tan avanzada
no es agradable en rigor.
Tomad, señores, asiento,
y oidme con atencion.

(*D. Juan ocupa la presidencia; los demas se sientan indistintamente: El Duque se coloca en uno de los sillones que estén mas á la vista del público.*)

Los asuntos de esta noche
atañen á lo interior
del reino, cuyos destinos
por el Rey dirijo yo.

Convendrá que antes de todo,
el tesorero mayor,
del estado del Erario
al Consejero dé razon.

CONSEJ. 1.º Nunca un estado tan próspero
el Real tesoro logró
como hoy tiene. Los impuestos,
aunque en su recaudacion
ofrecen dificultades,
se van cobrando á favor
de providencias benignas...
ademas, ya fondeó
la flota de las Américas
en Cádiz y en el Ferrol.

D. JUAN. Es decir que el Real tesoro
los tributos recaudó.

DUQUE. Con providencias suaves
se cobra mucho doblon.

D. JUAN. El Consejo lo celebra,
pues sin esaccion mayor
podrá hacer frente el Gobierno
cuando llegue la ocasion
á las bodas del Monarca
cual cumple al nombre español.

DUQUE. ¿Es cosa ya decidida?

D. JUAN. Para esta grave cuestion
ilustrar como conviene,
el consejo se reunió.
Hay otra tambien, señores,
de importancia no menor.
La reina doña Mariana...
sustenta la pretension
de dar la vuelta á la Corte,
con energía y ardor;
sobre ambos particulares
que de trascendencia son,
espero que brevemente
hable el Consejo.

CONSEJ. 1.º Señor,
velando vos cual ninguno
por el bien de la nacion
mi opinion siempre irá unida

á la que tuvieseis vos.

DUQUE. (Como que es su tesorero.)
Siendo cuestion de interior
el matrimonio del Rey,
creo que debe la eleccion
ser suya, espontánea y libre
sin que intervengamos nos:
en cuanto á doña Mariana
si aquí ha de volver ó no
sobre este particular...
no sé, no tengo opinion.

(*Se arrellana en el sillon, y á poco queda como dormido.*)

CONDEST. Pues yo sí, porque comprendo
que ya el momento llegó
de hacer que recobre el trono,
su primitivo esplendor.
Mi voto es que se aconseje
al Rey que acepte la union
de la clara Archiduquesa
hija del Emperador,
y que la Reina Mariana
vuelva á la corte veloz;
porque destierro tan duro
es para el trono un baldon.
Esto digo, y esto dice
el universal clamor,
el eco fiel que en la Corte
há tiempo que resonó,
y no escucharlo es querer
fomentar la sedicion.

D. JUAN. ¡Condestable! os aseguro
que la espero sin temor;
mas ya que tan claramente
á vuestro oido llegó
el eco fiel de la Corte,
podeis contestarle vos
que ya saben que don Juan
tiene fuerza y corazon;
y que si audaces se oponen
al paso del vencedor,
hará caer las cabezas
de todos... sin distincion!

CONDEST. Reparad....
D. JUAN. Con todos hablo:
el Consejo concluyó.
(*Todos se levantan menos el Duque que permanece inmóvil: don Juan los saluda con frialdad, y se retiran silenciosamente por el fondo.*)

ESCENA X.

DON JUAN. EL DUQUE.

D. JUAN. Condestable... yo os pondré
donde á ver no os vuelva el sol;
(*Repara en el Duque.*)
pero el Duque como suele
se ha dormido... vive Dios!
si todos como él durmieran,
no velara tanto yo.
¿Señor Duque?
DUQUE. ¿Eh? ¿Y el Consejo?
D. JUAN. Cumplís vuestra obligacion
con esmero...
DUQUE. ¿Qué quereis?
al apacible rumor
de los discursos, don Juan,
me duermo como un liron.
D. JUAN. ¿Es posible que os halleis
tan escaso de vigor
que no sigais en la Corte
de entre tantos, un pendon?
DUQUE. Yo á nadie sigo.
D. JUAN. ¿Es pereza
ó es altivez?
DUQUE. Son las dos.
D. JUAN. ¿No sois de la Reina madre
partidario?
DUQUE. Buena pró
les haga.
D. JUAN. ¿Tampoco mio?
DUQUE. Tampoco.
D. JUAN. ¿Entonces qué sois?
DUQUE. Soy Duque y Grande de España

por derecha sucesion,
bien hará su par de siglos...

(*En el reloj de Palacio dá la una. Oyese á los centinelas correr la voz de alerta: al mismo tiempo suenan á lo lejos repetidos disparos de arcabuceria: las campanas tocan á rebato, y se percibe el confuso clamoreo de un levantamiento popular. El Duque dice aparte con reconcentrada alegría.*)

¡Ah!

D. JUAN. ¿Qué es eso?

DUQUE. Qué sé yo...
eso se parece mucho
á un levantamiento atroz...

D. JUAN. ¡Vive el Cielo!... ¡Capitan!
¡Oh!... El Condestable...

ESCENA XI.

EL DUQUE. D. JUAN. UN CAPITAN.

CAPITAN. Señor,
los barrios amotinados
se acercan en confusion...

D. JUAN. ¡Recibidlos con metralla!
¡Sientan mi justo furor!...
¡Mis armas y mi caballo!
Capitan, seguidme vos.

ESCENA XII.

EL DUQUE.

La tierra se desmorona
bajo sus pies... ¡ya se armó!
Muy bueno: vamos á ver
la fiesta desde un balcon.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

Cuadro tercero.

Salon de Palacio: una ancha galería en el fondo y la puerta de la Capilla Real: á la derecha la Cámara del Rey, á la izquierda, la de la Reina madre doña Mariana de Austria.—En el momento de levantarse el telon, aparece el Duque de Medinaceli en el salon; las puertas de la capilla se abren y se descubre parte del interior iluminado: el Rey sale rodeado de su servidumbre y del clero que le acompaña hasta la puerta.

ESCENA I.

EL REY. EL DUQUE.

DUQUE. Ya de la santa capilla
con su réjia servidumbre,
vuelve, segun es costumbre,
el monarca de Castilla.
Con eso y con que el motin
haya un momento cesado,
creerá el buen Rey que hemos dado
á nuestras desdichas fin.
¡Pobre niño! su inocencia
esplota esa gente impía
llenando mas cada dia
de escrúpulos su conciencia.
Salirle al encuentro quiero,
y reanimar su abatido
corazon, ya que he venido
hoy á palacio el primero.

(*El Rey se adelanta: los cortesanos que le preceden entran en su Cámara, los demas se retiran poco á poco por la galería.*)

REY. ¿En palacio tan temprano?
venís en buena ocasion.
¿Se calmó la sedicion?

DUQUE. Don Juan le ganó la mano
y se dá tan buena traza
y tan divertido está,
que en breve levantará
un cadalso en cada plaza.

REY. ¡Cómo!

DUQUE. Estas las nuevas son
que aquí me dán de su porte...
pronto llenará la Corte
de luto y consternacion.

REY. Del pueblo, dice don Juan,
que es harto grave la culpa...

DUQUE. Cierto; no tiene disculpa;
mas si al que no tiene pan
y porque indignado grita,
se le castiga de aleve,
¿qué castigo darse debe
señor.... al que el pan le quita?

REY. ¿Qué me decis...

DUQUE. La verdad
pura, sin temor ni saña:
don Juan para vuestra España
es una calamidad.
Mientras que él en la nacion
tan supremo cargo ejerza,
se sostendrá con la fuerza,
pero no con la razon.
Su voluntad vence aquí
por sus fieros y sus bravos...
y este pais no es de esclavos
para tratársele asi.
Yo cumplo con un deber
cuando este mal os advierto...

REY. Sí, Duque; será muy cierto...
pero... ¿qué le hemos de hacer?

DUQUE. ¿Qué, Señor? es muy sencillo:
decirle que no os agrada
su gobierno, y si se enfada,
le encerrais en un castillo.

REY. Duque..! ese golpe de estado
no conviene...

DUQUE. ¿No conviene?
bien se conoce que os tiene
el señor ministro aislado.
Aquí vuestra Magestad,
perdonadme que os lo diga,
no tiene una voz amiga
que le haga oir la verdad.
La de don Juan solo escucha,
y por eso, y con razon,
le teneis en opinion
de que es su importancia mucha.
Mas bueno será que él vea
que ya amigo, ya contrario,
no hay nadie aqui necesario
por chico ó grande que sea.—

REY. Duque... mi estado es cruel.
Decís que solo á él escucho,
y él se quejaba, no ha mucho,
de que á otros oigo y no á él.
Y tal es mi confusion
entre tanto ir y venir,
que no sé á quien he de oir...

DUQUE. Al que tenga mas razon.
Vuestra Magestad alcanza
talento bien despejado
para saber á qué lado
debe inclinar la balanza.
Y si consultais los hechos,
ellos os contestarán
que hoy ha perdido don Juan
su crédito y sus derechos.

REY. ¿Es cierto!

DUQUE. Anoche os juró
que el pueblo tranquilo estaba,
y mientras que esto afirmaba
el pueblo se amotinó.
Tambien os dijo en mal hora
que el Consejo reuniria,
y la vuelta apoyaría
de vuestra Madre y Señora.

Y solo allí dió á entender
que la que él ha desterrado,
no volverá á vuestro lado
mientras él tenga poder.

REY. ¿Eso dijo?

DUQUE. Es implacable
cuando tiene un enemigo...
mas de todo lo que os digo
preguntad al Condestable.
Porque en el consejo mucho
habló de la reina en pró,
en la torre hoy le encerró
de los Lujanes.

REY. ¡Qué escucho!

DUQUE. ¿Y pensais que es aqui solo
perjudicial su poder?
por fuera ha llegado á ser
mayor la desgracia, el dolo.
Decid si encuentra don Juan
en su gobierno otra gloria
mas que una facil victoria
contra los moros de Orán.
Mas nada desde que empuña
el timon, tiene envidiable:
de Italia decidle que hable,
de Flandes, de Cataluña.
Nuestras relaciones rotas
no se anudan en lo estremo:
los dias de su gobierno
se cuentan por las derrotas.
Mal que pese á su arrogancia
y aunque él nunca os lo dirá,
ha caido Puigcerdá
bajo las armas de Francia:
á la vez vuestro cuñado
el rey Luis catorce entró
en Flandes, y arrebató
á España el Franco Condado.
Y á tanto su apuro llega,
que ya con humilde faz,
acepta por tener paz,
el tratado de Nimega.

¿Es este el estraordinario
hombre que teneis aquí?
¿puede ser quien manda así
para nada necesario?

REY. ¡Oh!... callad... que me llenais
de dolorosa amargura
con esa horrible pintura
que de mi España trazais!

DUQUE. Bien sé que daño os hará;
pero á decirlo me obligo,
porque si yo no os lo digo
ninguno aqui os lo dirá.

REY. Medinaceli... ¡qué horror!
¿con que á tal punto ha llegado
las desgracias del estado?...

DUQUE. Exactamente, señor.

REY. Aconsejadme... no sé
de qué manera...

DUQUE. Mandad
que se ponga en libertad
al Condestable.

REY. Si haré.

DUQUE. Y sin temor, sin reparo
cuando don Juan se os presente
y sus hazañas os cuente,
significadle bien claro
vuestra intencion soberana,
de que ya es cosa resuelta
que dé á la corte la vuelta
la reina doña Mariana.

REY. Y ¿qué mas?

DUQUE. Os aseguro
que ambas cosas bastarán
para rendir á don Juan...
¿lo hareis, señor?

REY. Os lo juro.

DUQUE. Aunque ya me oísteis harto,
ruégoos que oigais indulgente
otro asunto diferente.
El rey don Felipe cuarto,
vuestro padre y mi señor,
al mio, queriendo honrar,

le dió una niña á guardar
fruto de un lance de amor.
A uno y otro años pasando,
llevó el cielo para sí,
y yo de la niña aqui
de entonces quedé velando.—
No he perdonado inquietud
por cumplir mi obligacion,
nutriendo su corazon
de la mas pura virtud.
Mas como ya de su abril
principia á rayar la aurora,
y sin saberlo atesora
donaires y gracias mil,
tal vez, la murmuracion,
si observa que yo entro á vella
el vulgo, pudiera de ella
menoscabar la opinion,
Por tanto...

REY. Y ¿adónde está?

DUQUE. Señor, con vuestra licencia
ante vuestra real presencia
conmigo parecerá.

REY. Es de estirpe soberana
y la debo protejer.

DUQUE. Ya que pronto ha de volver
la reina doña Mariana,
teneis un medio, señor,
de cumplir vuestro deseo,
acordándola el empleo
de camarera mayor.—

REY. Es muy justo... mas ¿qué ruido...

DUQUE. Los de la corte serán...
tal vez con ellos don Juan
vendrá á haceros el cumplido...

REY. (*Dirigiéndose á su cámara.*)
En mi cámara le espero.

DUQUE. Bien, señor, y no olvideis...

REY. Medinaceli, vereis
si es hoy don Cárlos severo.

ESCENA II.

EL DUQUE. CORTESANOS.

CORT. 1.º Dígoos que el buen Condestable
de esta vez perdió el terreno,
y que el bravo don Juan de Austria
sin andarse con rodeos,
con él en la plaza pública,
piensa hacer un escarmiento.
CORT. 2.º ¡Imposible!... á un condestable
de Castilla...
CORT. 1.º Y ¿qué tenemos?
no será si tal sucede
el Condestable primero;
pues don Alvaro de Luna
lo fué y murió...
CORT. 2.º Sí, es muy cierto.
CORT. 1.º ¡Vá! no hay que tenerle lástima:
¿por qué no se ha estado quieto?
la ambicion tiene esas quiebras...
CORT. 3.º Él morirá en alto puesto.
CORT. 1.º ¡Señor Duque!.. ¿Ya en palacio?
huélgome mucho de veros...
DUQUE. Gracias... ¿El motin cesó?
CORT. 1.º ¡Oh! sí señor; por completo:
ya conoceis á don Juan...
DUQUE. Sí, mucho; es todo un guerrero...
yo, por si acaso, he venido
á refugiarme acá dentro,
pues ya sabeis que nos mira
con cierto cariño el pueblo...

(*Sale de la cámara del Rey un Ugier, y el Duque va á su encuentro. Entre tanto dice á los demás el*)

CORT. 1.º ¡Qué pobre hombre es este Duque!
no hace nada y tiene un miedo
como si de él se acordáran...
DUQUE. (*Bajo al Ugier.*) ¿Adónde vais?
UGIER. Señor, llevo
la orden de libertad
para el Condestable...

DUQUE. Bueno:
no os detengais.
(*Vase el Ugier y dice mirando adentro el*)
CORT. 3.º ¡Aqui viene,
miradle! El ministro escelso,
el valeroso don Juan,
terror de los mal contentos!
CORT. 1.º ¡Plaza, plaza, al vencedor!...
(*Los Cortesanos se dividen en dos grupos: don Juan se presenta en medio de ellos: el Duque retirado á un lado, lo observa todo con indiferencia.*).

ESCENA III.

EL DUQUE. D. JUAN. CORTESANOS.

D. JUAN. Señores, que os guarde el cielo.
CORT. 1.º Permitid que nuestro labio
os rinda el voto sincero
por los últimos laureles
que enaltecen vuestros hechos...
D. JUAN. Bien poco fué menester
para confundir los ecos
de los pocos miserables
que por gritar les dan sueldo.
Declaran los que han caido
bajo el poder del gobierno,
que obraban por sugestiones
de enemigos encubiertos
de la persona del Rey:
sus nombres en el tormento
algunos han revelado,
y porque sirvan de ejemplo
á los que fraguan disturbios,
haré que caiga al monento
la espada de la justicia
sobre sus rebeldes cuellos.
(*Muestras de aprobacion en los cortesanos que siguen hablando entre sí. Don Juan se acerca al Duque y hablan en voz baja.*)
Duque de Medinaceli,
muy puntual aqui os veo:

¿no me dais el parabien
de los últimos sucesos?

DUQUE. Yo nunca aduło, señor;
ya lo sabeis hace tiempo.

D. JUAN. Y hoy sé lo que no sabia
de vos...

DUQUE. ¿Sí?... mucho me alegro.

D. JUAN. Puede ser que no os agrade
si lo que yo sé os revelo.

DUQUE. Os equivocais, don Juan;
no me direis nada bueno;
por lo tanto, no espereis
que me sorprenda...

D. JUAN. Lo creo.
Jamás figurarme pude
que el Duque bajo ese aspecto
de cumplida indiferencia
picára de turbulento.

DUQUE. Eso de puro sabido
casi olvidado lo tengo...

D. JUAN. Es decir que confesais
sin temor...

DUQUE. ¡Oh! por supuesto,
cuando de decir se trata
la verdad, nunca la niego.

D. JUAN. Habeis hecho, señor Duque,
hoy muy bien en acojeros
al sagrado de Palacio...

DUQUE. Yo suelo cazar de lejos...

D. JUAN. Con tiempo habeis prevenido
el golpe... mas os advierto
que si por fuera os hé á mano,
por mi fé de caballero
que aqui no os ha de librar
el ser quien sois de un encierro.

DUQUE. Ese plan... procuraré
que quede solo en proyecto.

D. JUAN. ¿Cómo?

DUQUE. Pidiendo al monarca
que aqui me dé un aposento...

D. JUAN. El Rey os hará salir
de este palacio bien presto.

DUQUE. Permitidme que lo dude.
D. JUAN. (*Con tono de amenaza.*)
Lo veremos.
DUQUE. Lo veremos.
(*Entra don Juan en la cámara del Rey.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE. LOS CORTESANOS.

CORT. 1.° ¿Qué os dijo?
DUQUE. Nada, es don Juan
mi amigo con tanto estremo,
que por darme aqui otra prueba
de la aficion que le debo,
cuando menos lo esperaba
con interés me ha propuesto
la plaza del Condestable.
CORT. 1.° Dignos sois de tal empleo,
recibid mi enhorabuena...
DUQUE. Pero no; nada, no acepto...
el Condestable es mi amigo
y su desgracia respeto.
CORT. 1.° Esa virtud no está en uso...
DUQUE. Es verdad; mas yo qué entiendo
de milicia...
(*Sigue hablando aparte con los que tiene al rededor; Eugenia y Perez aparecen en la galeria, y al verla el Cortesano 2.° que con otros estará hablando en segundo término, esclama.*)
CORT. 2.° ¡Hola! una dama
en palacio... ¡qué portento!

ESCENA V.

EUGENIA. EL DUQUE. PEREZ. CORTESANOS.

PEREZ. (*Al Cortesano 2.°*)
Su escelencia el señor Duque
de Medinaceli...

CORT. 2.º Vedlo,
aquel que ahora está de espaldas...
PEREZ. Sí señor... os lo agradezco.
CORT. 2.º (*Al pasar Eugenia.*)
Divino rostro...
CORT. 3.º Hoy el sol
ha cambiado de hemisferio...
EUGENIA. (¡Oh!... ¡qué confusion, Dios mio!
cuándo á la calle saldremos...)
PEREZ. (*Llamando la atencion del Duque.*)
¿Señor?
DUQUE. ¡Ah!... bien... (*A los cortesanos.*)
Perdonad...
mi pupila...
CORT. 1.º Sois muy dueño...
(*Los cortesanos se distribuyen, conversan y pasean en el segundo término del salon y galería del fondo.*)
EUGENIA. ¡Qué miro!... ¿Don Juan aquí?
DUQUE. Eugenia, ¿y os pesa de ello?
EUGENIA. ¿Que tal preguntéis, señor?
Al contrario, me sorprendo...
como hoy por primera vez
piso estos salones regios,
y hay tantos hombres, corrida
estaba ya... pero al veros
donde mas os deseaba,
la calma vuelve á mi seno.
DUQUE. Mucho me lisonjeais,
hermosa Eugenia, con eso:
no es estraño que á la vista
de galanes tan apuestos
una dama como vos
se sonroje un poco oyendo
ternezas que en este sitio
se prodigan con esceso.
Mas ya os acostumbrareis,
bella Eugenia, os lo prometo,
en la primera semana
que habiteis bajo estos techos.
EUGENIA. ¡Yo he de habitar en palacio!...
¡Yo!... Don Juan... ¿qué estais diciendo?...
Siempre que hablais lo haceis solo

para doblar el misterio...

DUQUE. Os juro que hoy cesará.

EUGENIA. Ya tarda: con ese objeto
venimos buscando...

DUQUE. ¿Al Duque
de Medinaceli?...

EUGENIA. Cierto:
á Palacio me ha traido
Perez, por mandato vuestro,
y dice que él me dará
nuevas de mi nacimiento...
con que conducidme vos...

DUQUE. ¿Tan grande es vuestro deseo
de ver al Duque?

EUGENIA. Estremado.

DUQUE. Pues, señora, para verlo
no os teneis que agitar mucho...

EUGENIA. ¿Por qué?

DUQUE. Porque le estais viendo.

EUGENIA. ¡Será verdad?... ¡Vos el Duque!...
apenas puedo dar crédito...
pues siendo tan principal,
¿por qué con tenaz empeño
me ocultásteis vuestro nombre?

DUQUE. Porque era preciso hacerlo.
Desde anoche acá han mudado
vuestros asuntos de aspecto,
y aunque con temor aun,
aqui presentaros quiero.
Vais á ver al Soberano,
y antes declararos debo...

(*Quedan hablando aparte. De la cámara del Rey sale apresuradamente el Cortesano 4.°, y dice con misterio á los que vagan por la escena.*)

CORT. 4.° Señores... oid...

CORT. 1.° ¿Qué pasa?

CORT. 4.° Grandes acontecimientos.

TODOS. ¡Decid!

CORT. 4.° El Rey ha tenido
un altercado muy serio
con el ministro: ha mandado
que en libertad al momento

sea puesto el Condestable.

TODOS. ¡Oh!...

CORT. 4.° Y ha firmado un decreto,
sin consultarlo á don Juan,
en que levanta el destierro
que sufre la Reina Madre.

CORT. 1.° ¿Y el ministro?

CORT. 4.° Deja el puesto.
Jamás se ha mostrado el Rey
tan decidido y enérgico...

CORT. 1.° Pues si eso era de esperar...
no en vano gritaba el pueblo...

CORT. 2.° ¡Ha triunfado el Condestable!

CORT. 1.° ¡Don Juan era atroz!

CORT. 2.° ¡Soberbio!

CORT. 3.° ¡Que sale!...

CORT. 4.° Bien se conoce
su derrota por el gesto...

EUGENIA. Atónita me dejais.

DUQUE. Venid, no perdamos tiempo.

(Se dirigen á la Cámara del Rey y se encuentran en la puerta con don Juan: el Duque le dice al paso:)

Señor don Juan, ya lo veis...
como amigo os lo aconsejo:
ved que si la Reina Madre
aqui al volver de Toledo
os ha á la mano, no os libra
el ser quien sois de un encierro.

(Entra con Eugenia en la Cámara.)

ESCENA VI.

D. JUAN. LOS CORTESANOS.

D. JUAN. ¿Para tanta humillacion
me habeis conservado, cielos?
¿No merecen mis desvelos
mas cumplido galardon?
¡Oh!... ¡silencio!... que hay testigos...
y estos que ayer me ensalzaron,
estos que ayer me adularon...
hoy serán mis enemigos...

Mas ya que sin esperanza
me fuerzan á sucumbir...
por Dios que no he de morir
sin tomar antes venganza.

(*Se retira por el fondo mirando con altivez á los Cortesanos.*)

CORT. 1.° ¡Ya cayó!
IDEM 2.° ¡Quién lo creeria!
IDEM 1.° Su enojo será implacable...
IDEM 3.° ¡Mirad! Con el Condestable
se encontró en la galeria...
IDEM 2.° Bien se muestran su rencor...
IDEM 1.° ¡Vaya, si esto es divertido!
apenas sale el vencido
se presenta el vencedor.

ESCENA VII.

EL CONDESTABLE. LOS CORTESANOS.

CORT. 2.° ¡Salud! Señor Condestable,
nos teniais con cuidado;
mas ya el susto se ha trocado
en gozo.
CONDEST. Apenas me es dable
entre tanta confusion
señores, y en un momento,
de tanto acontecimiento
el comprender la razon.
Han sido muchos desmanes
los que se han obrado aqui:
¡darme por albergue á mí
la torre de los Lujanes!
TODOS. ¡Qué horror!
CONDEST. Ha salido vana
su intencion... y, bien está:
pronto á Madrid volverá
la reina doña Mariana,
y le juro por mi fé
al que asi me atropelló,
que á mi vez entonces yo
las tornas le volveré.

CORT. 1.º Tal merece esa injusticia.
CONDEST. Por fin cayó derrumbado,
y hoy la justicia ha triunfado
de su altivez y pericia.
Perdonad, que es justa ley,
ya que he logrado alcanzar
su favor... que á saludar
entre en su cámara al Rey.
(*Se dirige á la Cámara y retrocede. Los Cortesanos se retiran poco á poco.*)
¡Qué miro! ¿es encantamiento?...
¡Qué es esto que llego á ver?
¡Con el Duque esa muger!...
(*Sale Eugenia dando la mano al Duque.*)

ESCENA VIII.

EUGENIA. EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

EUGENIA (¡Ah!)
DUQUE. ¡Condestable! Os presento
á la Duquesa Belflor,
Condesa de la Solana,
que hoy de la Reina Mariana
es camarera mayor.
(*A Eugenia.*)
El Condestable, señora,
de Castilla.
CONDEST. (¡Tal sorpresa!...)
Ríndoos, hermosa duquesa,
mi admiracion desde ahora
con el mas vivo interés...
EUGENIA. Es honra que no merezco;
mas con todo, os la agradezco
por lo galante y cortés.
DUQUE. (*Al Condestable.*)
Permitidme que ahora yo,
pues el tiempo me interesa,
acompañe á la Duquesa
á su carroza...
CONDEST. ¿Pues no?...

(*Bajo al Duque.*)
¡Qué es esto, Duque? os protesto
que no alcanzo á comprender...

DUQUE. ¿De veras quereis saber
lo que quiere decir esto?

CONDEST. ¡Oh! sí...

DUQUE. Pues para los dos:
esto, pese á vuestro afan,
es que acabé con don Juan,
y la emprendo ahora con vos.

(*Se encamina al fondo llevando de la mano á doña Eugenia, y mirando con risueño semblante al Condestable, que se queda sorprendido y estático.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

. . . . . .
. . . . . y tercero, el casamiento del Rey Carlos II con Doña María Luisa de Borbon, hija del Duque de Orleans y sobrina de Luis XIV. La Reina Madre hubiera deseado que se casase su hijo con una hija del Emperador de Austria; pero en este punto venció el amor del Rey, quien repentinamente se sintió poseido de cariño en favor de la hija del Duque de Orleans, cuyo retrato se le habia presentado. . . . . .
. . . . . .
. . . . . Aunque Carlos II amaba á su madre con el afecto de hijo, sin embargo, en punto á política no se fiaba de ella, y bastó que apoyase al Condestable para que este fuese pospuesto al Duque de Medinaceli.

(HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.)

Cuadro primero.

La decoracion del cuadro anterior.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA. BRÍGIDA.

EUGENIA. (*Viendo venir á Brígida por la galería.*)
¿No es Brígida? ¿adónde vas?

BRÍGIDA. Á veros vengo, señora.

EUGENIA. ¡Ay!... tú no sabes ahora
el gran placer que me das.

BRIGIDA. ¿Eso decís?... ¿cómo pues?
¿qué os pasa? ¿qué os entristece
en palacio?

EUGENIA. ¿Te parece
que es poco, y hoy hace un mes
que no os he visto?...

BRÍGIDA. Creí
que aqui con tanto cuidado,
no nos habríais echado
mucho de menos.

EUGENIA. Sí, sí:
pues aunque son infinitos
mis quehaceres, dueña mia,
recuerdo con alegria
mi casa de Leganitos.
Pero, ¿qué es del Duque, dí?
Con gran cuidado me tiene...
¿cómo es que á verme no viene?
Desde que la reina aqui,
de su destierro volvió,
lo ha tomado tan despacio
que apenas viene á palacio...
¿cómo asi me abandonó?

BRÍGIDA. Lo ignoro, señora mia...
creerá, como aqui os hallais,
que no le necesitais...
con todo, no pasa dia
sin que hable á Perez ó á mí
cumplidamente de vos...

EUGENIA. ¿Es de veras?

BRÍGIDA. Sí por Dios.

EUGENIA. Y, vamos, ¿qué os habla, dí?

BRÍGIDA. ¡Ay, mi señora Duquesa!
acaso yo lo trabuque;
mas pienso que es aqui el Duque
el que solo os interesa.
Ya está de vuestros cuidados
la incógnita despejada,
ó yo no comprendo nada
de achaques de enamorados.

EUGENIA. Pues muy atrasada estás
si hasta ahora no te ocurrió...
¿pues qué! ¿por ventura yo
te lo he negado jamás?
BRÍGIDA. Es que no obstante, os diré
que vos entonces, señora
no sentíais lo que ahora...
EUGENIA. Y ¿no alcanzas el por qué
de aquellas mis alegrias?
pues era que sin afan
yo entonces con mi don Juan
hablaba todos los dias.—
Entonces tranquilamente
que se alejaba, veia...
porque volver me ofrecia
á la mañana siguiente:
y viéndole con frecuencia,
nunca pude imaginar
que me llegára á causar
tantos pesares su ausencia.
Mas ¡ay! que él no paga asi
mi memoria, ya lo ves,
pues deja que pase un mes...
y no se acuerda de mí.
BRÍGIDA. Pues yo presumo, señora,
que aqui estais en un error
y que el Duque mi señor
mas que nunca os ama ahora.
EUGENIA. ¿En qué te fundas?
BRÍGIDA. En que,
si de vos no se acordára,
no tanto de vos hablára.
EUGENIA. Pero ¿qué dice?
BRÍGIDA. No sé....
¿quién repetiros podrá...
EUGENIA. En vano me lisonjeas;
tú verme alegre deseas...
y eso muy lejos está.
Mas ya que asi la esperanza
de un sentimiento tan puro
dejó burlada, le juro
que ha de sentir mi venganza.

Yo, que hay aqui, le haré ver,
aunque por demas me enoja,
quien á mis plantas arroja
su ambicion, gloria y poder.
Y si despues á invocar
viene recuerdos de infancia,
le diré con arrogancia,
señor Duque, no ha lugar.—
Bastante he sufrido yo
por conservaros mi fé:
harto tiempo os esperé,
y ese tiempo ya pasó.

BRÍGIDA. Aunque hoy estais por demas
enojada... sé decir
que tal no habeis de cumplir.

EUGENIA. ¿Lo dudas? ya lo verás.—

BRÍGIDA. Con que si él aqui rendido
á vuestras plantas viniera...

EUGENIA. ¿A mis plantas? (¡Quién le viera!)

BRÍGIDA. ¿Diríais...

EUGENIA. Lo que has oido.—

BRÍGIDA. Lo veremos...

EUGENIA. ¡Pues qué!... dí
¿va á venir?

BRÍGIDA. Vendrá.

EUGENIA. (¿Qué escucho!)
¿y será pronto?

BRÍGIDA. Sí, mucho,
y tanto,—que... vedlo allí.

(*Aparece el Duque en el fondo de la galeria.*)

ESCENA II.

EUGENIA. EL DUQUE. BRÍGIDA.

EUGENIA. (¡Ah!...)

BRÍGIDA. Os dejo.—

(*Se dirige al fondo, y al pasar cerca del Duque, este le dice.*)

DUQUE. ¿Tambien asiste
la dueña á palacio ahora?

BRÍGIDA. Vine á ver á mi señora,
que por cierto está bien triste.
DUQUE. ¿La pudísteis consolar?
BRÍGIDA. Padece males de ausencia,
señor, y solo vuecencia
es quien la puede curar.
(*Vase la dueña.*)

ESCENA III.

EUGENIA. EL DUQUE.

DUQUE. (Por Cristo que el buen humor
de esta dueña me enamora.)
Que el cielo os guarde, señora.
EUGENIA. Que él os proteja, señor.
DUQUE. Y bien, ¿qué tal por acá
os vá con la reina viuda?
EUGENIA. ¡Oh!... tan bien, como sin duda
á vos os vá por allá.—
DUQUE. Pido á los cielos que os den
mayor ventura que á mí
por allá...
EUGENIA. ¿Os fué mal?...
DUQUE. ¡Oh! sí.
¿A vos...
EUGENIA. Ya os dije que bien.
DUQUE. ¿Con que en la régia morada
sois feliz?
EUGENIA. En alto grado.
DUQUE. Y... ¿en ella no habeis echado
nada de menos, éh?
EUGENIA. Nada.
DUQUE. Parece que con desdén
y enojo me recibís...
EUGENIA. ¿Desdén y enojo, decís?
DUQUE. Si tal, Duquesa.
EUGENIA. Hago bien.—
DUQUE. Decid, señora, por Dios...
¿Teneis de mí queja alguna?
EUGENIA. Que yo me acuerde... ninguna:

¿recordais alguna vos?

DUQUE. No por mi fé.

EUGENIA. Yo tampoco.

DUQUE. Pues entonces...

EUGENIA. Ahí vereis...

DUQUE. Tal vez la recordareis
si en ello pensais un poco.

EUGENIA. Es que no lo quiero hacer,
que el pensar me cuesta mucho.

DUQUE. Las respuestas que os escucho
me dan bien claro á entender
lo que habeis adelantado
en palacio.

EUGENIA. Sí por Dios:
aqui aprendí lo que vos
por fuera habeis olvidado.

DUQUE. Con maestria singular
lo hicisteis, Eugenia hermosa;
no os falta mas que una cosa.

EUGENIA. ¿Qué?

DUQUE. Saber disimular.

EUGENIA. No entiendo.

DUQUE. Os lo esplicaré.
Cuando alguno se indispone
con otro aquí... nunca pone
ceñuda la faz...

EUGENIA. ¿Y qué?

DUQUE. Que á mí una prueba marcada
de vuestro enojo estais dando,
y es lástima...

EUGENIA. ¿Cómo? ¿cuándo?
pues qué, ¿yo estoy enojada?

DUQUE. Algo menos de intencion;
y ahora el tiro iba certero:
la palabra está bien, pero...
el rostro os hace traicion.

EUGENIA. Será lo que vos querais:
si os empeñais en que esté
enojada, lo estaré.

DUQUE. Y bueno, ¿qué adelantais?
¿No llegais á imaginar
que aunque vos querais reñir

acabareis por reir?

EUGENIA. No, Duque, no; por llorar!

DUQUE. ¡Ah, Eugenia, cándida y pura!
no el llanto por esta vez
empañe la brillantez
de vuestra rara hermosura.
No deis abrigo al dolor
porque es injusto el agravio...
no...! rompa alegre mi lábio
en juramentos de amor.
Escuchad la espresion fiel
del que mi seno devora,
que ya no es tiempo, señora,
de que me abrase con él.

EUGENIA. ¡Oh!...

DUQUE. Sabedlo: altas razones
que podreis imaginar
me obligaron á callar,
á esconder mis afecciones.
Pero ha llegado el momento
de que os confiese rendido,
que vos, Eugenia, habeis sido
mi constante pensamiento.

EUGENIA. ¿Que esto os escucho, don Juan?
¿al fin...

DUQUE. Callar me propuse;
mas ya límites le puse
á mi concentrado afan.
¿Lo comprendeis ahora bien?
¿veis que acabais por reir?

EUGENIA. ¿Y quién podrá resistir...
mas ¡ay! que lloro tambien.

DUQUE. ¿Me conservais aun encono?

EUGENIA. No, Duque; y ¿cómo podria...
este llanto es de alegría...
pero... andad, que no os perdono.

DUQUE. ¡Oh! ¡qué donosa esquivez!

EUGENIA. ¿Ser vos, don Juan, tan mi amigo,
y haber obrado conmigo
con tal reserva y doblez...

DUQUE. Ya que juzgais de ese modo
¿quién mas aquí padecia?

¿yo que callaba y sufria,
ó vos que ignorábais todo?
Callé, porque entonces vos
estábais á mi cuidado,
y siendo noble y honrado,
jamás quise, vive Dios,
alarmar vuestra virtud,
ni que aceptarais acaso
el amor en que me abraso
no mas que por gratitud.

EUGENIA. ¿Y despues?

DUQUE. Se dobló el mal
y reconcentré mis penas:
os dije que en vuestras venas
habia sangre real,
y tambien callé despues,
porque temí y con razon,
que achacárais á ambicion
lo que era desinterés.

EUGENIA. ¿Y luego?

DUQUE. Luego, señora...
direis que anduve reacio;
pero al veros en palacio
tan bella y deslumbradora,
y que el Condestable aquí
en secreto os pretendia,
quise ver si aun existia
algun recuerdo de mí...

EUGENIA. ¡Oh!... como os dejen hablar
no os ha de faltar escusa...

DUQUE. No, razones.

EUGENIA. Ciencia infusa
teneis para razonar.
Pero advertid bien, señor,
que por ser tan delicado,
un poquito habeis pecado
tambien de calculador.
¿No os era ya por demás
bien conocida mi fé?
Entonces, Duque, ¿por qué
dudásteis de ella jamás?
¡Oh!... dirán vuestras razones

que lo mas trivial del mundo
con un misterio profundo
se trata en estas regiones.
Mas yo os diré que sin tasa,
aunque sea lo mas santo,
nada me place de cuanto
en estas regiones pasa.
La política, la intriga
brotan aqui por do quiera,
y lejos de ambas quisiera
vivir, que es mucha fatiga...
Con que asi, tened presente,
político caballero,
que ver tratado no quiero
mi amor políticamente.

DUQUE. Asi lo haré, Eugenia hermosa,
aunque mientra esteis acá
la reserva convendrá;
pero decidme una cosa,
y obremos ya de concierto.
¿Está con vos muy humana
la Reina doña Mariana?

EUGENIA. ¿Muy humana? No por cierto.
Parece que cada vez
por mas que mi voz la acata,
con mas enojo me trata
y con mas cruda esquivez.

DUQUE. Estos son por vuestro mal
los enemigos aquellos
que en vuestros ensueños bellos
el Duque siempre leal
brevemente os anunció.

EUGENIA. ¿Por qué altera mi reposo?

DUQUE. Sois hija del Rey su esposo.

EUGENIA. ¿Y tengo la culpa yo?

DUQUE. Ademas el Condestable
aqui os pretende en secreto,
y ese ya es un doble objeto...

EUGENIA. ¿Y soy yo de ello culpable?

DUQUE. No tal, pero ya os amaga
con el golpe fiero...

EUGENIA. ¿A mí!

DUQUE. Sois la mas débil, y aqui
el mas débil es quien paga.

EUGENIA. Pues bueno, renunciaré,
por huir á golpes traidores,
mi destino y mis honores,
y de palacio saldré.

DUQUE. Eugenia, no saldreis, no;
que aunque os juzguen de esa suerte,
sereis aqui la mas fuerte,
porque aqui os defiendo yo.

EUGENIA. Acaso no os será dable,
porque á vos tampoco os mira
muy bien la Reina.

DUQUE. A eso aspira
hace tiempo el Condestable.
Mas no me impondrán la ley
ni la Reina ni él tampoco:
si con ella puedo poco
puedo mucho con el Rey.

EUGENIA. Ante su poder se estrella
todo el influjo del mundo:
no tiene Carlos Segundo
mas voluntad que la de ella.

DUQUE. (*Indicando dirigirse á la cámara del Rey.*)
Voy á verlo, y ya os diré...

EUGENIA. En la cámara está ahora
de la Reina mi señora.

DUQUE. Pues bueno, le esperaré.

EUGENIA. Que no os espongais, por Dios,
y no olvide vuestra audacia
que aqui cualquiera desgracia
será comun á los dos.

DUQUE. El riesgo no es inminente;
¿por qué tanto os alterais?

EUGENIA. Sospecho que á luchar vais
con la Reina frente á frente.

DUQUE. ¿Y bien?

EUGENIA. ¿Y quereis que esté
tranquila?

DUQUE. No os dé cuidado:
en palacio me he criado,
y sé donde pongo el pie.

Y aunque ella todo lo allana,
de vencer palabra os doy:
ya sabe bien quien yo soy
la reina doña Mariana.—
Ignora que en este enredo
cuento yo con fuerza mucha:
para trabar esta lucha
la traje desde Toledo.

EUGENIA. ¡Habeis sido vos el que
á la corte la ha traido?

DUQUE. Sí, bella Eugenia, yo he sido;
al rey se lo aconsejé,
por ella en constante afan
no he cesado ni un momento:
por ella desde su asiento
he derribado á don Juan.

EUGENIA. ¡Vos!

DUQUE. Os admira.

EUGENIA. ¡Demás!
no tan temible os creí...

DUQUE. ¿Qué quereis, Duquesa?... aqui,
el mas bobo sabe mas.
Escuchad con atencion
lo que vos hacer debeis,
porque es fuerza que apoyeis
tambien mi combinacion.
Con la reina habeis de estar
humilde, y dejad que os hable
de amores el Condestable.

EUGENIA. Pero...

DUQUE. Yo le haré callar.—
Dejadlo eso á mi cuidado,
que yo de su amor en mengua
atarle sabré la lengua
cuando esté mas descuidado.
No ha de ceñir un laurel,
señora, que tanto vale...

(*Dos Ugieres abren la puerta de la cámara de la Reina, y al pasar el Rey se inclinan reverentemente.*)

Pero mirad, el rey sale...
dejadme á solas con él.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
15 JUN 1959
OF OXFORD
LIBRARY

(*Eugenia saluda al Rey, y entra en la cámara de la Reina seguida de los Ugieres.*)

ESCENA IV.

EL REY. EL DUQUE.

REY. ¡Oh Duque!... Dichoso dia...
gracias al cielo que os veo...
DUQUE. No era menor el deseo
que yo de veros tenia.
REY. En todo el mes que ha pasado
no os he visto por aqui,
y por lo tanto creí,
que me habíais olvidado.
DUQUE. Murió don Juan...
REY. Ya lo sé.
DUQUE. Y como aqui no faltaba
quien decia que yo ansiaba
su ministerio, escusé...
REY. No sabeis en vuestra ausencia
cuanto he sufrido...
DUQUE. ¿Es posible?
REY. Sí; y hacer es ya imposible
á mi madre resistencia.
DUQUE. Pues cómo...
REY. Nadie la aplaca,
conmigo su influencia toda
emplea para mi boda
con la archiduquesa austriaca.
DUQUE. No es estraño; es su sobrina
por lo que su magestad...
REY. Es que me dobla la edad.
DUQUE. Pero ¿el rey qué determina?
¿Acepta pues?
REY. Qué sé yo...
Me disgusta por demás
esta boda.
DUQUE. ¿Pues, hay mas
que decir claro que no?
REY. ¿Y de mi madre al enojo
entonces qué le diré?

DUQUE. Entonces, señor, no sé;
mas si os casais á su antojo...
convendrá en esta ocasion
que yo de hablaros me exima
de vuestra muy bella prima
doña Luisa de Borbon.

REY. ¡Hablad! porque me es tan grato...
¿Qué lográsteis?

DUQUE. A mi instancia
el embajador de Francia
hizo venir el retrato.

REY. ¿Tenéislo?

DUQUE. Aqui.

REY. A ver.

DUQUE. Señor,
¿ya para qué?

REY. ¡Dad!...

DUQUE. No insisto...
lo mandais...
(*Le entrega un medallon.*)

REY. ¡Cielos! no he visto
nunca hermosura mayor.

(*Vuelve á abrirse la puerta de la cámara de la Reina, y aparecen los Ugieres, como á la salida del Rey.*)

DUQUE. ¡Vuestra madre!

REY. (*Ocultando el medallon.*)
¡Oh!... sí; á paseo
hora hácia Atocha saldrá...
Entrad despues por acá.

(*Entra el Rey precipitadamente en su cámara.*)

DUQUE. Sí haré... cumplí mi deseo.

(*Sale la Reina doña Mariana seguida de sus damas, y algunos Caballeros, entre ellos el Condestable.*)

ESCENA V.

LA REINA. EL DUQUE. EL CONDESTABLE. DAMAS *y* CABALLEROS.

CONDEST. (*A la Reina.*) Allí está el Duque, señora.
Ved si esta es buena ocasion
de hacerle entrar en razon.

REINA. No, no; despues.
CONDEST. En buen hora.
REINA. Señor Duque, bien llegado:
me estraña á fé vuestro porte...
¿Qué os ha pasado en la Corte
que vivís tan retirado?
Cuando asi con tanto estremo
os alejais, temereis...
DUQUE. Ya hace tiempo que sabeis
señora, que yo no temo.
Satisfecha mi ambicion
con vuestro aprecio cumplido...
á los demas he cedido
el campo... y á discrecion.
Mas, con todo, no creí
que en la corte de los buenos,
me echárais vos tan de menos.
REINA. Pues ya estais viendo que sí.
DUQUE. Distincion que me honra mucho,
y de inmenso valor es
para mí, señora; pues
de vuestros labios lo escucho.
REINA. Ya sabeis que honro demas
á los que adictos me son;
pero que no doy perdon
á los ingratos jamás.
DUQUE. Nunca entre ellos estaré
pues dais en favorecerme.
REINA. Venid esta noche á verme.
DUQUE. Señora, no faltaré.
(*La Reina con su comitiva se retira por la galeria, menos el Condestable.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

CONDEST. Mi parabien sin igual
por tal honra os doy, señor.
DUQUE. Gracias; pero ese favor
calculo que es para mal.
CONDEST. ¡Oh! No...

DUQUE. Bueno.
CONDEST. Duque amigo,
de vos quisiera saber
qué fué aquello de emprender
despues de don Juan conmigo.
¿Fué no mas que un, vive Dios,
de estéril baladronada,
ó empresa bien meditada...
DUQUE. Lo que mas os plazca á vos.
CONDEST. A lo primero me inclino,
porque en lo demas, os juro...
DUQUE. ¿Es decir que muy seguro
andais por vuestro camino?
CONDEST. No me ocurre duda alguna
de mi fortuna al presente.
DUQUE. Muy bien. Que el cielo os aumente,
Condestable, la fortuna.
CONDEST. Sabed que ya sin temor
os puedo decir tambien,
que me escucha sin desdén
la camarera mayor.
DUQUE. En los floridos abriles
place de amores tratar...
Con todo, no hay que fiar
de palabras femeniles.
CONDEST. Por demás ambiguo estais.
¿Lo decis, por mí, ó por vos?
DUQUE. Por cualquiera de los dos.
CONDEST. Por mas que disimulais
aparentando alegria
estais harto convencido
de que ya habeis sucumbido...
Sed franco...
DUQUE. No todavia...
CONDEST. Conque ¿aun resistís?
DUQUE. Sí, á fé.
CONDEST. ¿Vuestro orgullo persevera?
DUQUE. Id, que la reina os espera...
CONDEST. No temais, la alcanzaré.
Que os diga antes permitid,
porque no os causeis, señor,
que os llevo ya lo mejor

en esta azarosa lid.
No obstante, si batallar
quereis... ¡España! ¡Y Santiago!
evitad un paso en vago...
porque os pudiera pesar,
y á Dios.

DUQUE. Mucho os lo agradezco:
id con él... y no olvideis...
que lo que vos me ofreceis
en igual caso os ofrezco.

CONDEST. No alcanza á mí vuestra ley.

DUQUE. No será la vez primera...

CONDEST. Á Dios... La reina me espera.

DUQUE. Guárdeos el cielo. (¡A mí el rey!)

ESCENA VII.

EL DUQUE.

¡Necio! De orgullo no ves;
y en tu confianza ignoras...
que como nunca, á estas horas
debajo estás de mis pies.
Yo, que ante el rey te confundas,
haré, porque mucho avanzas:
y ya que tus esperanzas
en la Reina Madre fundas...
mal de tu grado verás
aunque presumes asi,
que es la Reina Madre aqui
la Reina Madre... y no mas.
(*Se dirige á la cámara del Rey.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

Cuadro segundo.

La decoracion del cuadro anterior. Es de noche; aparece la Reina sentada en un sillon, dando sus órdenes á un Ugier.

ESCENA PRIMERA.

La Reina. Un Ugier.

Reina. A la Duquesa de Belflor, al punto
haced que venga aqui.
(*Entra el Ugier en la cámara de la Reina.*)
Daré este paso...
El Duque va á llegar, y antes quisiera
conocer sus secretos; ella acaso
decírmelos podrá... y de esta manera
al Duque astuto que sin fin trabaja
podré hacer frente con mayor ventaja.
Pero acaso mi altiva camarera,
si el recto fin de mi intencion comprende,
se niegue á declarar... ¡Oh! ¡si me vende!...
si al enojo invencible que me inspira
por su torpe, bastardo nacimiento,
añade una traicion... entonces roto
el dique de mi breve sufrimiento,
verá hasta donde mi rencor alcanza,
y que sé adelantar al pensamiento
el golpe destructor de mi venganza.

Pero no; es imposible: le haré que hable...
y para conseguirlo, un buen pretesto
los amores me dan del Condestable.
El Condestable, que por orden mia
con iguales proyectos la enamora,
y aun no ha podido en su tenaz porfia
ganar su corazon!... ¿Será que ignora
los planes del audaz Medinaceli?
¿nunca de ellos el Duque habrá tratado
con su pupila bella?
Lo veremos: el paso ya está dado,
y si algo sabe, y en callar se obstina...
acabaré con ella.—

ESCENA II.

EUGENIA. LA REINA.

EUG. Señora, ¿qué mandais?
REINA. Tengo, Duquesa,
que hablaros, y me pesa,
de asuntos que esta vez de vuestro agrado
por cierto no serán.
EUG. Señora, ignoro
en qué he faltado aqui...
REINA. Me han informado
que no guardais á mi real decoro
ni á este palacio que habitais conmigo
el justo, imprescindible acatamiento.
EUG. ¿Que no!... en este momento
el cielo me es testigo
de que no alcanzo á comprender, señora,
lo que os escucho ahora.—
REINA. Nada de estraño tiene
que no lo comprendais, pues vos Duquesa,
comprendeis nada mas lo que os conviene.
Mas yo os lo esplicaré, porque no quiero
que una dama cual vos... ¡de vuestra cuna!
consienta en su opinion mancha ninguna.—
Aseguran que andais muy divertida
en pláticas dulcísimas de amores
con el buen Condestable de Castilla:

murmuran por do quier vuestros favores,
y que tambien en la real Capilla
al Condestable sin cesar mirando,
la devocion arrebatais de todos
el sagrado recinto profanando.

EUG. ¡Eso dicen de mí!

REINA. No una vez sola.

EUG. Y ¿vuestra magestad acaso pudo
dar crédito...

REINA. No sé: cuando murmuran...
si todo no lo admito... al menos, dudo.

EUG. ¡No!... tal no puede ser... ¡Oh reina! ahora
vuestra opinion... porque tambien entonces
tendríais que dudar de vos, señora.

REINA. ¡Qué es lo que osais decir!...

EUG. Digo con pena,
aunque un silencio el corazon la apura,
que ya no hay en palacio honra segura:
desde que un tiempo la calumnia impia
osó verter su ponzoñoso encono
sobre las gradas del escelso trono:
desde que á vos la maldiciente boca
de impuros cortesanos,
intentó mancillar con furia loca,
nada aqui se respeta, no hay sagrado
que ofrezca á la virtud seguro asilo
ni honor que no haya sido calumniado.
¿Por qué os ha de causar tanta estrañeza
que murmuren de mí? Yo estoy tranquila
pues conozco muy bien mi fortaleza.
Pero al mirar que vuestra fé vacila,
al oir que dudais, porque el veneno
á mi clara opinion alcanzó ahora...
porque ahuyenteis la duda, será bueno
que recordeis, señora,
que libre aun, y por los aires vuela
la torpe historia, que sin fé mintieron
del ilustre privado Valenzuela.

REINA. Sí... y los que tanto calumniar osaron,
sobre un cadalso sin piedad cayeron.

EUG. Yo tal no puedo hacer, ni aunque pudiera
nunca á ese estremo mi rencor llevára:

por débiles su mal compadeciera,
por miserables... yo los despreciara.

REINA. Mas si supiérais que el rumor hoy parte
de una boca en palacio autorizada...
de un hombre de alta cuna y gran valia...
¿Qué diriais entonces?

EUG. Indignada
su nombre y clara estirpe negaria.
No puede ser quien atropella el fuero
de una dama española, honrada y pura...
ni ilustre, ni leal, ni caballero.

REINA. ¿Quereis saber quién es?

EUG. ¿Yo le conozco?

REINA. Acaso mas que yo.

EUG. ¡Qué estais diciendo!

REINA. Y tanto, que ninguno aquí podria
hablar de él como vos... Os ha tenido
bajo tutela...

EUG. ¡Quién!... quién... ¿El buen Duque...
Permitidme, señora, que me ria..,
vilmente os fascinaron los sentidos...
Tanta es con él la confianza mia,
que aunque esa grave injuria, esos agravios
los escuchara de sus propios lábios...
dudara, antes que de él, de mis oidos.

REINA. ¿Tan segura estais de él? ¿Tan alta idea
teneis de su valor...

EUG. Como le tengo
de ese brillante sol que desde el cielo
la tierra humilde con su luz recrea.

REINA. ¿Entonces vuestra ciega confianza,
el Duque pagará del propio modo?

EUG. Sí señora.

REINA. ¿Y sabreis adonde alcanza
su pensamiento audaz?

EUG. Sí, todo, todo.

REINA. Pues bien, quiero saberlo. Ya os escucho

EUG. Y ¿qué habeis de saber?... ¿Qué he de esplicaros?...
Perdonadme, señora, pero es mucho...

REINA. ¡Duquesa!.... Vanos son vuestros reparos.
Vos del Duque teneis la confianza:
yo sé que el Duque á contrastar aspira

mi influjo con el Rey. Que la alianza
que yo aconsejo al Rey tenaz conspira
por hundir en la tierra, haciendo escala
de esta cuestion para asaltar la cumbre
que ya hace tiempo su ambicion señala.
Vos ahora mismo, su valor preciando,
habeis dicho que todo os lo confia...
y como Reina, á la Duquesa mando
que revele...

EUG. ¡Jamas!... tal villania
mandar no quereis vos; la que ha ceñido
un tiempo de dos mundos la corona
y á los pueblos dotó con sabias leyes:
la clara, la inmortal, regia matrona
de linage imperial, madre de Reyes:
la que á otra esfera el Hacedor levanta...
no puede bajo el polvo de la tierra
hundir jamas su enaltecida planta.
¡Oh!... no, yo no os he oido; ese mandato
que aqui me convertia
en torpe, humilde, miserable espia,
un eco nada mas, un eco ha sido
que entró en este aposento
en las alas del viento conducido...
que ya por siempre se perdió en el viento.

REINA. Teneis razon... Duquesa: me habeis dado
una prueba, por cierto bien cumplida,
de vuestra delicada honra española:
tal de vos esperaba... y por mi vida
que os lo he de agradecer... dejadme sola.

(*Entra Eugenia en la cámara de la Reina.*)

ESCENA II.

LA REINA.

Has dictado tu sentencia:
ya que me esquivas asi,
jamas habrá para ti
en mi corazon clemencia.
¡Oh! ¡cuán unidos están
uno y otro!... pero á fé

que yo los dividiré
desconcertando su plan.
¡Hola!... ya el Duque está ahí
á mi mandato obediente:
hablémosle francamente...
tal vez capitule asi.

ESCENA III.

LA REINA. EL DUQUE.

DUQUE. Señora...
REINA. Dais en tardar;
esperando me hais ténido.
DUQUE. Me pesa... á haberlo sabido
no me hubiera hecho aguardar.
Ya sabeis el interés
que yo por serviros tengo,
y cuan solícito vengo
siempre á vuestros reales pies.
REINA. Conozco vuestra lealtad.
DUQUE. Vuestra magestad no ignora
que le tengo... y no de ahora,
estremada voluntad.
REINA. Tambien yo sin duda alguna,
hace tiempo, que igualmente,
Duque, os tengo muy presente...
DUQUE. ¡Oh, señora! ¡qué fortuna!
REINA: No obstante, siendo esto asi
y existiendo entre los dos
tanta paz, ¿cómo es que vos
siempre andais lejos de mí?
DUQUE. Se esplica muy facilmente:
es sol vuestra Magestad
de tan viva claridad
como el que raya en Oriente.
Son benignos sus reflejos:
su llama es abrasadora...
y yo por eso, señora,
amo al sol... pero de lejos.
REINA. Señor Duque, reparad
que me igualais con el dia

y que una galantería
no siempre es una verdad.

DUQUE. No cabe exageracion
hablando de vos...

REINA. Sí cabe,
pues nadie mas que yo sabe
mi precio en esta ocasion.
Por lo mismo, no tan lejos
os quiero, Duque, de mí,
ni que escatimeis asi
vuestra asistencia y consejos...

DUQUE. ¿Mis consejos?

REINA. No hay dudar:
esta noche os he llamado
porque de asuntos de estado
os quisiera consultar...

DUQUE. ¡De asuntos de estado... vos
os ocupais!

REINA. ¿Y os estraña
el que una reina de España
trate de ellos? ¡Bien por Dios!

DUQUE. Señora... yo no he pensado
con mi estrañeza ofenderos:
conozco bien vuestros fueros...
pero habiendo ya llegado
el Rey á mayor edad,
que le dejábais creí
de los negocios de aqui
el peso á su magestad.

REINA. Con grande placer lo haria,
y hasta desdeñára el mundo;
pero el rey Carlos Segundo
es muy joven todavia.
Aun con mal seguros pies
sube las gradas del trono...
y mientras, debo en su abono
vigilar con interes.
Siempre él en mí encontrará
quien le apoye con ardor
y aconseje...

DUQUE. Lo mejor.

REINA. Eso mismo.

DUQUE. Claro está.
REINA. Pero no todos aquí
usan de tan buena fé...
y ¿sabeis por qué?
DUQUE. ¿Por qué?
REINA. Por darme en ojos á mí.
DUQUE. Es que hay tanto mal contento...
REINA. ¡Tanto ambicioso!...
DUQUE. Cabal;
por lo mismo, cada cual
tiene aqui su pensamiento.
REINA. Quieroos consultar el mio
y oir vuestro parecer.
DUQUE. Señora... Vamos á ver.
REINA. ¿Sereis franco?...
DUQUE. Yo os lo fio.
REINA. Siendo ya Cárlos mayor,
yo le aconsejo que elija
para su enlace la hija
de austriaco Emperador.
Nadie mas que ella merece
un puesto tan elevado,
y esta nacion, bien mirado,
gana en ello... ¿qué os parece?
DUQUE. Bien poco mis ojos ven...
si fuera yo á no dudar,
quien se hubiera de casar...
os contestara... que bien;
mas como ni vos ni yo
nos casamos, y el Rey sí,
es el Rey, y no mas aquí
quien debe decir sí ó no.
Este con toda franqueza
es mi humilde parecer.
REINA. Pero el Rey debe tener
presente que á la grandeza
de su trono convendria,
siendo el Austria poderosa,
del Austria tomar esposa
que es su propia dinastia.
Por eso en este acomodo
es preciso que insistamos...

DUQUE. ¡Qué desgracia! no opinamos,
señora, del mismo modo.
Vuestra Magestad concilia
esa boda facilmente,
y con entusiasmo ardiente
aboga por su familia.
Por eso, que es de importancia
pensais el enlace austriaco...
pero con todo, yo saco
que bien el Austria, ó bien Francia,
Inglaterra, ó Portugal,
Reina España ha de tener,
conque á España viene á ser
cualquiera de ellas igual.
Y al decir esto me fundo
en que casado ó soltero
siempre aqui el Rey verdadero
será don Cárlos segundo.

REINA. ¿Es decir, claro, que vos
y yo discordes estamos?

DUQUE. Es decir... que no opinamos
de igual manera los dos.

REINA. Ya hace tiempo que lo sé,
y me admira vuestro aplomo...

DUQUE. Pues, señora, no sé cómo
porque de ello á nadie hablé...

REINA. Medite en este momento
Medinaceli despacio,
y hallará que hay en Palacio
quien posee su pensamiento.

DUQUE. Pero...

REINA. ¿Lo estais viendo ahora?
no sé cómo habeis andado
con ella tan confiado...

DUQUE. Es que yo en ella, señora...

REINA. ¿Vais á decir que teneis
vuestra fé depositada?
¡Oh!... que fé tan mal guardada!

DUQUE. Mas ¿cómo...

REINA. No lo dudeis.
Vos me pusisteis aqui
á la hermosa camarera

para que á vos os sirviera...
y á quien mas sirve es á mi.

DUQUE. ¿Y bien?

REINA. ¿Y pensais tal vez,
Duque amigo, que en amor
os corresponde mejor?

DUQUE. (¡Oh! ya es mia.) ¿Sí?... Pardiez
que me hareis dudar, señora...

REINA. Si os hago ver la verdad,
si tocais la realidad
de cuanto os indico ahora,
¿pondréis vuestro parecer
mas acorde con el mio?

DUQUE. ¿En todo?

REINA. Si.—

DUQUE. Nada os fio...
no obstante, pudiera ser...

REINA. Pues ved que no os irá mal...

DUQUE. Mas, que me espliqueis os ruego...

REINA. Venid á buscarme luego
á la Capilla real.

(*Saluda respetuosamente el Duque á la Reina, que se dirije á la Capilla: El Duque ya de espaldas no ve que antes de llegar aquella á las puertas, sale de la Capilla el Condestable. La Reina le dice algunas palabras señalando al Duque, y entra en el templo. El Condestable desaparece por la galería.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE, *queda un momento pensativo como reuniendo sus ideas.*

Es esto... no hay duda... sí...
su plan está adivinado:
la Reina se ha conjurado
contra Eugenia, y contra mí,
pretende que á Eugenia bella
retire mi proteccion...
y luego sin compasion
descargar su enojo en ella:
y una vez ya conseguido

con mi reconocimiento
contará para el momento
atraerme á su partido.
Sí... no está mal... sin embargo,
su magestad se olvidó
en su proyecto, que yo
cazo aqui desde muy largo.
¿De qué medio se valdrá
para hacer que de ella dude?
ninguno ahora me acude...
mas, ¿qué importa? ello dirá
En su desesperacion
sabrá aprovecharlo todo;
pero de cualquiera modo
no cambiaré de opinion.

ESCENA V.

EUGENIA. EL DUQUE.

EUGENIA. ¡Ay don Juan! ¡cuántos cuidados!
perdidos estamos...
DUQUE. ¿Sí?
pues yo, Duquesa, creí
que estábamos muy ganados.
EUGENIA. Se conjuran contra nos:
de vos me ha hablado bien mal
la Reina...
DUQUE. A mí, caso igual,
me ha hablado bien mal de vos.
EUGENIA. Yo no puedo estar aquí;
me aflijo con tanto enredo...
DUQUE. ¡Eh! no deis abrigo al miedo,
tened confianza en mí;
dejad á doña Mariana
que su enojo gota á gota
destile, pues su derrota
acaso canteis mañana.
Nos quieren indisponer
y se inventan contra vos
calumnias de dos en dos;
pero dejadlas correr...

que agoten de sus torpezas
la infinita inmensidad,
que en breve la tempestad
caerá sobre sus cabezas.
Atended por vuestra vida;
allí viene el Condestable...
estad con él mas amable
que nunca, y mas divertida.

EUGENIA. ¡Pero Duque!

DUQUE. Esto conviene
porque es nuestra salvacion.
(*Al Condestable que llega.*)

ESCENA VI.

EUGENIA. EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

DUQUE. En la mejor ocasion
aqui el Condestable viene.

CONDEST. Señor Duque, ¿es ironía?

DUQUE. No por cierto, es que me alejo,
y es en fin, que honrado os dejo
con tan buena compañia.

CONDEST. ¡Oh! ciertamente...
(*Bajo al Duque.*)
¿Y no os pesa
de alejaros?...

DUQUE. Pues me voy...
Ya veis si tranquilo estoy. (*Saludando.*)
Condestable... á Dios, Duquesa.—
(*Se dirige á la galeria, desde cuyo fondo observa á los que están en la escena, y sin que lo noten varia de direccion, y entra en la capilla.*)

ESCENA VII.

EUGENIA. EL CONDESTABLE.

CONDEST. Aun me parece increible
que asi el Duque vuestro amigo
os deje á solas conmigo...

EUGENIA. ¡Pues qué! ¿sois vos tan temible?

CONDEST. No soy tan presuntuoso;
mas como tengo observado
que en palacio se ha mostrado
el Duque de vos zeloso,
desde que sabe que yo
á vuestro favor aspiro...
por eso, y no mas me admiro...
¿y vos, señora?

EUGENIA. Yo no:
porque el Duque, á lo que entiendo
se ha llegado á convencer
de que no os debe temer,
y por eso...

CONDEST. No os comprendo...
¿Es porque yo en competencia
entrar con él no podria?

EUGENIA. Si por tal fuera, seria
decíroslo impertinencia.
Es que él sabe de los dos
lo que de cierto hay aqui...

CONDEST. ¿Y es?

EUGENIA. Que vos pensais en mí
tanto como pienso en vos.

CONDEST. Ved que es algo exagerada
la esplicacion que os escucho.

EUGENIA. ¿Por qué?

CONDEST. Porque pienso mucho
en vos...

EUGENIA. Os digo que nada.
Vos con vuestro valimiento
harto en qué pensar teneis;
sí, con las demas... soleis
divertir el pensamiento.

CONDEST. Y si yo os probára aqui
que estoy dispuesto á arrostrar
por vos...

EUGENIA. No os quiero escuchar...
¡Tal sacrificio por mí!

CONDEST. Por vos ninguno es demás.
¿Quereis verlo?

EUGENIA. ¿Cómo pues?

CONDEST. (*Arrodillándose.*) Jurándolo á vuestros pies...

Duquesa ¿qué quereis mas?
(*Las puertas de la capilla se abren, y aparecen la Reina y el Duque.*)

ESCENA VIII.

EUGENIA. LA REINA. EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

EUGENIA. ¡Alzad!
CONDEST. ¡No! no...
REINA. (*Al Duque.*) Sed testigo.
CONDEST. ¡Ah!... (*Incorporándose.*)
EUGENIA. ¡La Reina!...
CONDEST. (¡Allí los dos!...
no comprendo... ¡vive Dios!)
REINA. (*Mira con severidad al Condestable, y dice á Eugenia.*)
Duquesa, venid conmigo.
(*Entran en la cámara de la Reina.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE. EL CONDESTABLE.

DUQUE. El mandato soberano
cumplísteis de la señora:
noble os creí, pero ahora
os tengo por un villano.
CONDEST. Esa injuria, ¡vive Dios!
¿por qué me la dirigís?
DUQUE. ¿Satisfaccion me pedís?
podeis encontrarla en vos.
Quien se precia de maestro
y en Palacio á una señora
de real orden enamora,
con el objeto siniestro
de que al fin venga á caer
bajo la saña mortal
de la que aspira á su mal...
¿qué nombre debe tener?
CONDEST. Suspended vuestra razon...
DUQUE. ¿No os mandó la Reina...

CONDEST. Sí;
mas su mandato seguí
sin comprender su intencion.
DUQUE. ¿Eso es de veras?
CONDEST. ¡Demás!
DUQUE. Comprendo perfectamente
la trama... vos de inocente
habeis pecado no mas.
CONDEST. Ignoro el delito mio:
solo tengo bien guardado
que en mucho me habeis faltado,
y os propongo...
DUQUE. ¿Un desafio?
CONDEST. Sí, Duque, por vida mia...
DUQUE. ¿No conoceis ya mi acero?
CONDEST. ¡No importa! En san Blas os quiero
mañana al romper el dia.
DUQUE. Vuestro enojo es por demás:
sabeis, Condestable amigo,
que á nadie palabras digo,
sin fundamento jamás.
Si yo de villano aqui
hace poco que os traté,
no os lo quiero negar, fué
porque villano os creí.
Mas ya que en vos solamente
un ciego instrumento miro,
lo de villano os retiro,
y os dejo lo de inocente.—
CONDEST. Esplícaos, pues me parece
que vais teniendo razon...
y lo siento...
DUQUE. Esa opinion
mis palabras robustece.
Oiga mi ilustre rival
si entiendo bien esta empresa...
CONDEST. ¡Decid!...
DUQUE. La Renia profesa
á Eugenia un odio mortal.
Y como sabe que aqui
me opongo á sus planes yo,
por medio de vos pensó

vengarse de ella y de mí.
Sin duda con la esperanza
de mi intento averiguar,
os ha mandado ganar
de Eugenia la confianza.
Mas como ha visto que en vano
preguntais á Eugenia bella,
ya que en mí no puede, en ella
pretende cargar la mano.
Por eso en esta ocasion
ha provocado este lance,
que es para Eugenia un percance
que lastima á su opinion...
Pues de hoy el régio desdén
un pretesto tendrá asi
para arrojarla de aqui...
¿Lo comprendeis ahora bien?

CONDEST. ¡Pero qué!... ¿Se ha de mostrar
con ella tan despiadada?

DUQUE. Puede que ya esté arrestada...

CONDEST. Por Dios que lo he de estorbar...
sed hora mi consejero:
¿debo de hacer esto yo?

DUQUE. No os digo que sí, ni no:
vos, pues, que sois caballero,
sabreis lo que os toca hacer.

CONDEST. Sí, por esto me decido,
ya que la causa yo he sido...
yo la debo defender.
(*Entra en la cámara de la Reina.*)

ESCENA X.

EL DUQUE.

Bien... ahora vá á añadir,
si por la Duquesa clama
combustibles á la llama:
á la Reina hará sentir
de los zelos el veneno,
y su apoyo perderá...
mejor que quiero esto vá:
¡magnífico! ¡bueno! ¡bueno!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

Cuadro tercero.

Cámara del Rey. Puerta en el fondo cerrada: otra á la izquierda del actor: á la derecha otra secreta. En lugar conveniente un reclinatorio con un crucifijo; sillon y mesa á la derecha. Al levantarse el telon aparece el Rey arrodillado delante del crucifijo con las manos cruzadas, apoyadas en el reclinatorio y sobre ellas la frente. Un instante despues sale el Duque por la puerta secreta, y al ruido que hace, se incorpora el Rey. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL REY. EL DUQUE.

REY. ¡Qué!... ¿vos ahí...
DUQUE. Si tal;
yo no me apuro por nada:
ya que me niegan la entrada
por la puerta principal...
como llave me habeis dado,
por la secreta me entré.
REY. ¡La entrada os niegan!... ¿por qué?
DUQUE. La Reina así lo ha mandado.
Ha poco al embajador
del Austria admitió en audiencia;
se trata en la conferencia
de vuestra boda, y señor...
querrá, por lo que yo infiero,
mientras que el sí, no le deis,
que en vuestra cámara esteis
solitario y prisionero.

REY. ¿Prisionero el Rey de España!
DUQUE. Eso mismo viene á ser...
mas... si la dejais hacer...
que asi os tenga... ¿qué os estraña?
REY. Esto, duque, es por demas
y ya es preciso que acabe.—
DUQUE. La situacion de hoy es grave,
como no lo fué jumás.—
Si hoy no os mostrais decidido:
si aqui un instante se os priva
de vuestra prerogativa...
podeis decir que hais perdido
la suprema autoridad
que por derecho ejerceis;
que rey de nombre, sereis,
sin fuerza y sin voluntad.
REY. ¡No!... aunque me cause dolores,
de hoy quiero, por vida-mia,
gobernar la monarquía
que heredé de mis mayores.—
Hoy mismo revelaré
la union que mas me acomoda:
hoy mismo el plazo á mi boda,
hoy mismo señalaré.—
DUQUE. ¿Venció Luisa de Borbon
con su hermosura estremada?
REY. Duque... no os oculto nada...
la acepta mi corazon.
Cuanto mas zumba en mi oido
el Austria y la Archiduquesa,
mas de este enlace me pesa
y por Francia me decido.
Que mucho se enojará
la Reina con esto, sé;
pero yo le rogaré
y al cabo lo aprobará.
DUQUE. ¡Oh! Señor, no lo dudeis:
cuando vos quereis mandar,
bien os haceis respetar:
desde don Juan lo sabeis.
Mas ya que está el fausto dia
de vuestra boda cercano,

permita mi soberano
que en él celebre la mia.

REY. ¿Vos tambien...

DUQUE. ¡Oh!... Sí señor.

REY. Bien; eso dicha me asegura...
y ¿quién es vuestra futura?

DUQUE. La camarera mayor.—

REY. ¡Hola!... teneis muy buen tino:
habeis sabido escoger,
y en tal boda debe ser
Cárlos segundo padrino.

DUQUE. Me abrumais con tanto honor...
aunque si bien se medita,
mucho Eugenia hoy necesita
de vuestro regio favor.—

REY. ¡Eugenia!... pues ¿qué desgracia...

DUQUE. A una intriga ha sucumbido
y de la Reina ha perdido
hace un instante la gracia.
La Reina acaso vendrá,
por un aparente yerro,
destitucion y destierro
á demandaros acá.
Mas yo que en esta azarosa
cuestion tengo la conciencia
de su completa inocencia,
os la pido para esposa.

REY. De juicio y valor sois hombre
y seguro de su honor
estareis...

DUQUE. Tanto, Señor,
que voy á darle mi nombre.

REY. No tengo que replicar:
vos allá os entendereis,
y apruebo, pues ya sabeis
que nada os puedo negar.—

DUQUE. Mi escaso merecimiento
hoy cumplidamente honrais,
y nuevo impulso le dais
á mi reconocimiento.
conmigo, señor, contad:
ya feliz ó desdichado

me tendreis á vuestro lado
por siempre...
(*La puerta del fondo se abre, y dice un*)

UGIER. Su magestad.

DUQUE. Que aqui vea no conviene
que estamos juntos los dos:
á dar, sin duda, con vos
el último golpe viene.
Firmeza de voluntad...
y para cualquier evento,
en el próximo aposento
me teneis....

REY. Bien, Duque... andad!

(*Se retira el Duque por la puerta de la izquierda. La Reina aparece por la del fondo.*)

ESCENA II.

LA REINA. EL REY.

REINA. Me veo en la precision
de importunaros ahora.

REY. ¿De importunarme, señora?

REINA. Mas cumplo una obligacion.

REY. Siempre aqui en buena ocasion
viene vuestra magestad...

REINA. Creyendo en esa verdad
no dudé en interrumpiros...
dos cosas vengo á pediros.

REY. ¿Dos, decis?

REINA. Dos.—

REY. Bien, hablad.

REINA. No es de mi agrado, señor,
segun ya os diré despacio,
que esté de hoy mas en palacio
la camarera mayor.
Acaso de este rigor
vos no dareis con el norte;
pero no estrañeis mi porte...
ella aparece culpada,
y quiero que desterrada
la hagais salir de la Corte.

REY. Me sorprende mucho...
REINA. Sí...
no estraño lo que os escucho:
si á vos os sorprende mucho
me sorprendió mucho á mí.
Con la una ya concluí:
la postrera de las dos
os diré en nombre de Dios:
es su importancia infinita,
es la que el sueño me quita...
porque se trata de vos.
Comprendereis ya cuál es;
mucho de ella os tengo hablado,
y nada habeis contestado
en pró ni en contra hace un mes.
En tanto vá su interés
creciendo de dia en dia:
se cruzan con osadía
consejos y pretensiones...
que producen sediciones
y daño á la Monarquía.
Hora es ya de que el novel
monarca, de España sol,
siente en el trono español
á una Reina digna de él.
De una madre el eco fiel
ya os señaló el verdadero,
mas conveniente sendero,
que al bien os conducirá...
y que el Rey lo seguirá
sin mas dilacion, espero.
REY. Me parece, madre mia,
salvo lo que habeis hablado,
que para tomar estado
es temprano todavia.
Con mas despacio querría...
REINA. ¿Temprano, decis, señor?
pues ¿no escuchais el clamor
de España que há un mes os pide
que el Trono se consolide?
Mucho debeis á su amor;
y ya que lo habeis de hacer,

aquí os vuelvo á aconsejar
que os debeis apresurar
sus votos á complacer.
Esta noche es menester
que sí, me digais, ó nó...
mas, que resolvais en pró
del Austria, señor, os pido,
porque es el mejor partido,
y porque os lo ruego yo.—

REY. (Mucho apura.) Yo... Señora,
no dudo que eso será
lo que mas me convendrá...
pero... ¿resolver ahora...

REINA. Y ¿para qué mas demora?

REY. Permitidme que un momento
retirado en mi aposento
medite, ya que ha de ser,
cómo debo resolver...
¿Lo permitís?

REINA. Bien, consiento.

REY. Con vuestra licencia voy...

REINA. Es muy justo que penseis,
y tambien que no olvideis
que aqui aguardándoos estoy.

REY. Señora, palabra os doy
con toda sinceridad,
de que á vuestra magestad
haré saber al instante
de asunto tan importante
mi postrera voluntad.

(*Entra el Rey en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA III.

LA REINA. *Despues un* UGIER.

Por fin logré arrancarle esa palabra...
ya empezaba á temer por mi influencia:
que medite en buen hora, aquí le espero...
y ninguno ha de entrar á su presencia
si no resuelve la cuestion primero.—
Pero en breve saldrá: el jóven monarca,

por mas que hoy en mi daño se desvela
la intriga del buen Duque, aun no ha olvidado
que he ejercido yo un tiempo su tutela,
y mi voz para él es voz sagrada.
¿Quién podrá disputarme la victoria?
está solo, yo soy quien aquí vela...
Señor Duque, perdisteis la jugada.—
¡Hola!
(*Sale el Ugier.*) ¿Señora?

REINA. Al punto de órden mia
decid á la Duquesa que al momento
á esta cámara venga; y desde ahora
á cuantos gefes de palacio lleguen
dejad franca la puerta.—

UGIER. (*Saludando.*) Bien, señora. (*Váse.*)

REINA. La Duquesa, Condesa y Camarera...
tan orgullosa con su ilustre cuna,
audaz estorbos puso en mi camino...
¡Oh!... que añada á su rápida fortuna
el nuevo galardon que hoy le destino.—

ESCENA IV.

LA REINA. EL CONDESTABLE.

COND. Al fin os encontré.

REINA. ¿Me habeis buscado?

COND. Hace un hora que hablaros solicito
y llegar hasta vos no me han dejado.

REINA. Condestable, mostrais harta impaciencia
por saber los proyectos que medito:
estuve dando audiencia
al emisario del austriaco imperio,
y fué particular la conferencia.
Pero calmad vuestra ansiedad, que ahora
llevamos lo mejor de la partida:
ya hablé á su magestad, y sin demora
nuestra demanda quedará concluida.
Vencimos, Condestable: los proyectos
de los que osaron levantar escalas
para mi influjo contrastar, en breve
caerán ante mis pies: sin pesadumbre

podreis despues de la ambicion las alas
tender al libre viento, y en la cumbre
del poder que anhelais tomar asiento.

COND. Yo nunca he perdonado por serviros
afanes ni quebrantos: indecisa
jamás para tomar vuestra defensa
se mostró mi adhesion, y una sonrisa
de vuestra magestad, para mí ha sido
cumplida y aun sobrada recompensa.—
Hoy, como siempre, vuestra augusta mano
generosa pretende nuevos dones
sobre mí derramar, y agradecido
á tan altas, honrosas distinciones
yo debiera humillarme á vuestras plantas...
y asi lo haré; pero licencia os pido
de una sola pregunta haceros antes.

REINA. Y ¿qué pregunta es esa?

COND. Señora, de las mas interesantes:
¿qué suerte reservais á la Duquesa?

REINA. ¿Qué suerte me decís? Muy cuidadoso
os tiene el porvenir que le preparo:
os le diré... pero á la vez reparo
que vais estando por demás curioso.
Me enoja su altivez: de su destino,
de sus títulos pronto despojada,
la haré salir de la española corte...
¿Lo entendeis? para siempre desterrada.

COND. Si yo con mis consejos algo puedo
con vos, señora, os ruego que despacio
mediteis las resultas...

REINA. ¿Teneis miedo?

COND. Jamás para lidiar lo he conocido;
pero ahora... será una impertinencia,
ahora que el misterio he comprendido...
tengo miedo, señora, á mi conciencia.

REINA. ¿De qué misterio hablais?

COND. Para hacer frente,
permitid que os recuerde lo pasado,
á las intrigas del astuto Duque,
á cuanto me ordenásteis me he prestado.
Hace tiempo que os debo mi obediencia,
y al dárosla en tributo, yo creia

que de vencer á un hombre se trataba
que contrastar vuestro poder osaba,
y vuestra voluntad contradecia.
Mas con dolor y con sorpresa veo
que una débil muger por causa mia
vá á ser víctima aqui... y este atropello
injusto me parece...

REINA. Y ¿qué os importa?
¿Sereis vos Condestable
de su destierro nunca responsable?
Lo será mi mandato soberano
que á fin he de llevar, y ved que absorta,
por no decir cansada,
vuestros pobres escrúpulos me tienen.

COND. Señora, lo que os digo no es en vano:
ya hay en Palacio quien por eso mismo
se ha atrevido á tratarme de villano...

REINA. Y ¿no teníais espada?

COND. Cuando á la espada la razon no ayuda,
se torna vengadora
contra aquel que sin ella la desnuda.

REINA. Por Dios que no venis en muy buen hora
á implorar el perdon de la Duquesa:
mucho siento decíroslo, pues veo
que asaz la desterrada os interesa...
pero tarde llegais, ya decretado
su destino estará, y es imposible
volver atrás por el camino andado.
Y acortemos razones:
ved si al poder con que la Reina os brinda
quereis subir con estas condiciones.

COND. Señora... de mi hacienda y de mi vida,
de cuantos dones alcanzar yo pueda,
es vuestra magestad dueña cumplida.
Pero el honor... el puro patrimonio
que sin mancha heredé de mis mayores,
dejad, señora, por favor os pido,
que sin mancha lo dé á mis sucesores.—

REINA. Está bien, Condestable, yo no trato
de que en nada os forceis; si de ese modo
deshonrado os creeis, dejadlo todo...
vivid con honra á mi favor ingrato.

Vasallos tengo aqui cuyos blasones
no ceden á los vuestros tan preciados,
que al hacer por su Reina un sacrificio
sin duda se tendrán por muy honrados.

COND. Nunca os fieis de los que asi al olvido
entregan su opinion...

REINA. Os lo agradezco...
aqui está la camarera... hemos concluido.—

(*Saluda el Condestable á la Reina y se retira al fondo, en cuya puerta se detiene hablando con un grupo de Cortesanos que aparece despues de Eugenia. Esta se adelanta y llega al lado de la Reina.*

ESCENA V.

EUGENIA. LA REINA. EL CONDESTABLE *y* CORTESANOS.

EUGENIA. Señora... desde su arresto,
á vuestra voz obediente,
la camarera mayor
ante vos, confusa viene.

REINA. Vuestra confusion no estraño.

EUGENIA. Ni nadie estrañarla debe,
cuando por culpas que ignoro
se manda que se me arreste.
Supongo que aqui me espera,
cuando aqui tan de repente
me haceis venir, algun nuevo
desengaño, que por siempre
de mi fortuna decida.

REINA. Os engañais, cabalmente.
A esta cámara os llamé,
porque como el Rey en breve
vá á hacer de su pronto enlace
la declaracion solemne,
me ha parecido oportuno
que vos y todos los gefes
de Palacio, estén á un acto
de importancia tal, presentes.

EUGENIA. Y... ¿nada mas?...

REINA. ¿Olvidais
que el preguntar á los reyes

es desacato que nadie
aquí permitirse puede?

EUGENIA. ¡Oh! Señora... perdonad
si peco de irreverente,
porque vuestros ojos miro
que de gozo resplandecen,
y creo que esa alegría,
que á la que usais vos escede,
de amargura para mí
es la señal evidente.

REINA. Con que ¿temeis... pues ¿y el Duque,
con su poder no os defiende?

EUGENIA. Es que por mas que mis ojos
á todas partes se vuelven...
no encuentran del noble Duque
el brazo seguro y fuerte.

REINA. Tal vez os abandonó...
habeis dejado que observe...

EUGENIA. ¡Imposible! el Duque sabe
como vos que estoy inocente.
Cuando él no viene en mi ayuda,
tal vez la traicion aleve
le habrá impedido...

REINA. ¡Duquesa!

EUGENIA. Comprendo perfectamente,
señora, cuanto en mi daño
vuestra venganza pretende...
quereis que el jóven monarca
ante la Corte me afrente...
mas no olvideis aunque entonces
mi labio el respeto selle,
aunque abrumada sucumba
y vuestro objeto se llene,
que hay un Dios allá en el cielo,
severo y omnipotente
ante cuya magestad
se postra la de los Reyes.—
(*Abrese la puerta de la izquierda.*)

REINA. ¡Silencio! el monarca sale;
está echada vuestra suerte.

(*Los Cortesanos y el Condestable que hasta este momento han permanecido en el foro, se adelantan en el instante*

que se abre la puerta: sale por ella el Duque y se coloca en el centro. La Reina, despues de pronunciar las siguientes palabras se sienta en el sillon de la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

LA REINA. EUGENIA. EL DUQUE. EL CONDESTABLE. CORTESANOS.

REINA. ¡Cielos!! ¡el Duque ahí estaba!!...
EUGENIA. ¡Es cierto que vuelvo á verle!...
¿qué puedo temer en tanto
que el noble don Juan aliente?
DUQUE. Don Cárlos, que guarde el cielo,
atendiendo á los deberes
que la augusta magestad
y la autoridad que ejerce
le imponen; y deseando
que la incertidumbre cese,
ha tenido á bien mandarme
que ante su corte revele,
que de propia voluntad
libre, y espontáneamente
al trono de san Fernando
como esposa y Reina asciende
á Luisa de Borbon,
de la muy alta progénie
de la casa de Orleans...
y esto será, pues lo quiere.
REINA. (¡Oh!... ¡que su astucia me venza!...)
DUQUE. (*Tomando de la mano á Eugenia y acercándose á la Reina.*)
Permitidme que os presente
á la esposa del ministro,
Duque de Medinaceli.
El Rey su autorizacion
se ha dignado concederme...
y yo á vuestra magestad
ruego que tambien apruebe...
REINA. Si el Rey os la concedió...
ante el Rey doblo mi frente.—
DUQUE. (*Bajo.*) Mientras que acepteis asi

todo mandato Real,
vuestra magestad en mí
tendrá un súbdito leal.
(*Al Condestable.*)
Condestable, os he escuchado,
y al fin habeis procedido
como noble, como honrado
y caballero cumplido.
(*A la Corte.*)
Señores; esta es la ley
que el Rey manda publicar:
pronto las bodas del Rey
tendremos que celebrar,
y quiere que todo sea
paz, concordia entre sus hijos:
que truequen por la pelea
las fiestas y regocijos.
Ninguno vuelva perjuro
la muerta hoguera á encender,
porque hoy subo yo al poder,
y en nombre del Rey le juro,
que tiene el gobierno fuerza
para velar por la España:
y sin que nada la tuerza,
y sin influencia estraña,
desde el uno al otro mar,
desde el viejo al nuevo mundo,
otra voz no ha de sonar
que la de Cárlos Segundo.

FIN DE LA COMEDIA.

55F94589

RODRIGUEZ RUBI

LA CORTE DE CARLOS II